letras

revista de arte y literatura

EDITORES: Libreria Salvat Barcelona-Santiago

REDACTAN: ANGEL CRUCHAGA SANTA MARIA. SALVADOR REYES, MANUEL EDUARDO HUBNER. HERNAN DEL SOLAR.

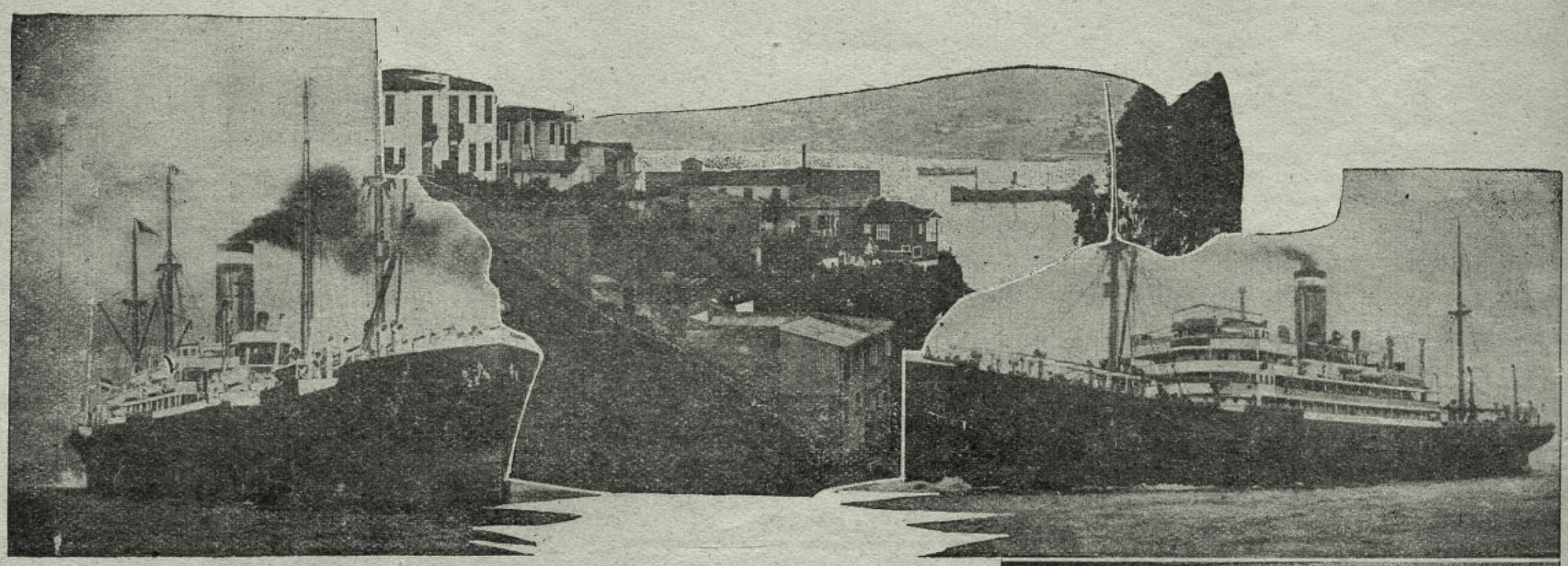
CASILLA 2292

40 CTS.

AÑO II — Santiago de Chile, Febrero de 1930 — No. 17

valparaíso

por salvador reyes



Cuotidianamente el puerto arroja una red de ventanas encendidas para pescar la tarde, la gran tarde marina, con sus escamas, su plumaje y su fuego importado de otras latitudes. La red de Valparaíso es acaso demasiado compacta, porque sus ventanas se empinan unas sobre otras, se tejen apretadas hasta cubrir completamente los cerros. ¡Qué impertinencia para mirar el mar! Siempre lo inmóvil con ojo de odio clavado en lo pasajero, siempre lo extático con su gesto de censura para lo errante y ágil.

Valparaíso, como todos los puertos del mundo, sabe que es necesario hacer algunas concesiones a las fórmulas de la vida. Por eso alarga cuatro o cinco calles paralelas en el plan, con rascacielos, comercio, elegancia y muchos ingleses fumando tabaco oloroso. Pero tras esas calles aparece la verdadera cara de la ciudad, la cara un poco cínica y un poco ingenua, con los ojos entristecidos a veces por la música de los pianos eléctricos, con labios que conocen los gestos de la embriaguez, de la oración y de la blasfemia.

¿Qué hacerle?... Así como el marino que, a fuerza de beberse el agitado cocktail moral de todas las latitudes, termina por encogerse de hombros cuando le hablan del bien y del mal, así también los puertos, a fuerza de recibir y de perder, de empujar corazones sin destino y de abrigar fuerzas sin guía, terminan por aceptarlo todo, por encontrar que todo está bien, y por ser como los dioses paganos que sólo dejaban de gozar para reñir por nuevos goces.

Algunos se engañan con Valparaíso. Muchos, recorriendo la multicolor calle Condell, la agiotista calle Prat, la amplia avenida Pedro Montt o la importaora y exportadora Avenida Brasil, creen que nuestro puerto es modosito y burgués, con alma simple, a salvo de las grandes contaminaciones del viaje y del mar. ¡Engaño! Hay que seguir las calles del puerto, esas en cuyo espeso tejido se nos enredan los pasos a cada momento; hay que recorrer las calles que arrancan de la Plaza Echaurren y que se van estrechando poco a poco hasta clavarse en veinte encrucijadas... ¡Qué fermento de humanidad. allí, qué fuerza de vida, qué libertad del instinto!...

Hay casas en zig-zag, con sus espinazos arqueados y sus paredes desconchadas, tan incrustadas unas en otras, tan trepadas unas sobre otras, que se necesita hacer esfuerzos para adjudicar a cada una el techo y la pared que le corresponde.

En las puertas se balancean faroles que atraen; "Hoel Tipperary", "Bar la Estrella Chilena", "Cocinería el Ancla", "Casa de Cena Liverpool", y entre estos faroles, extendiéndose en potencia que abarca fachadas enteras, otros letreros: "Agencia el Roto Chileno", "Agencia el Loro Marino", "Agencia...", hasta lo infinito.

Las escaleras de los hoteles sospechosos están cubiertas de linoleum, suben entre paredes casi siempre pintadas de colores claros, terminadas en mamparas con vidrios cubiertos de papel "glacé". Sobre todo esto hay cierta pátina de humedad pegajosa, la misma que se encuentra en los barcos, la que arroja el hálito del mar y el paso de los hombres que vienen del mar.

En las calles bulle una muchedumbre inquieta y apresurada. Los vendedores de frutas gritan sus mercancías, las orquestas de ciegos reúnen grupos de marineros, mujeres y vagabundos. Circulan criadas, marineros, burgueses, tipos con el jockey calado hasta los ojos y la colilla del cigarro casi quemándoles los labios.

Este es Valparaíso, entre la Plaza Sotomayor, el mar, la plaza de la Aduana y los cerros. Basta un poco de deseo para que sobre las callejuelas que trepan como culebras, aparezca cabalgando—jocunda e impúdica—una mujer gorda demasiado pintada.

De noche, los pianos eléctricos y los acordeones calafatean perfectamente todas las junturas del gran barco de sombra, del cual los solitarios y los calaveras que se aventuran por el puerto, descargan las más tiernas memorias. Con esto, la noche se hace más pesada y se tiende sobre los malecones, sobre las calles Cochrane, Cajilla y todas esas que circundan el Templo de la Matriz. Porque también en Valparaíso, lo divino y lo demasiado humano se mezclan en una confusión sin sospecha, y sin recelo.

En los bodegones de los muelles, frente al mar, se respira ambiente salino y ágrio. Junto a los techos se tienden sartas de banderitas de papel. Hay grandes fritangas que atraen a los marineros y a los cargadores. El pasto aprensado que se arruma en los muelles, echa hacia dentro un perfume a campo en conserva.

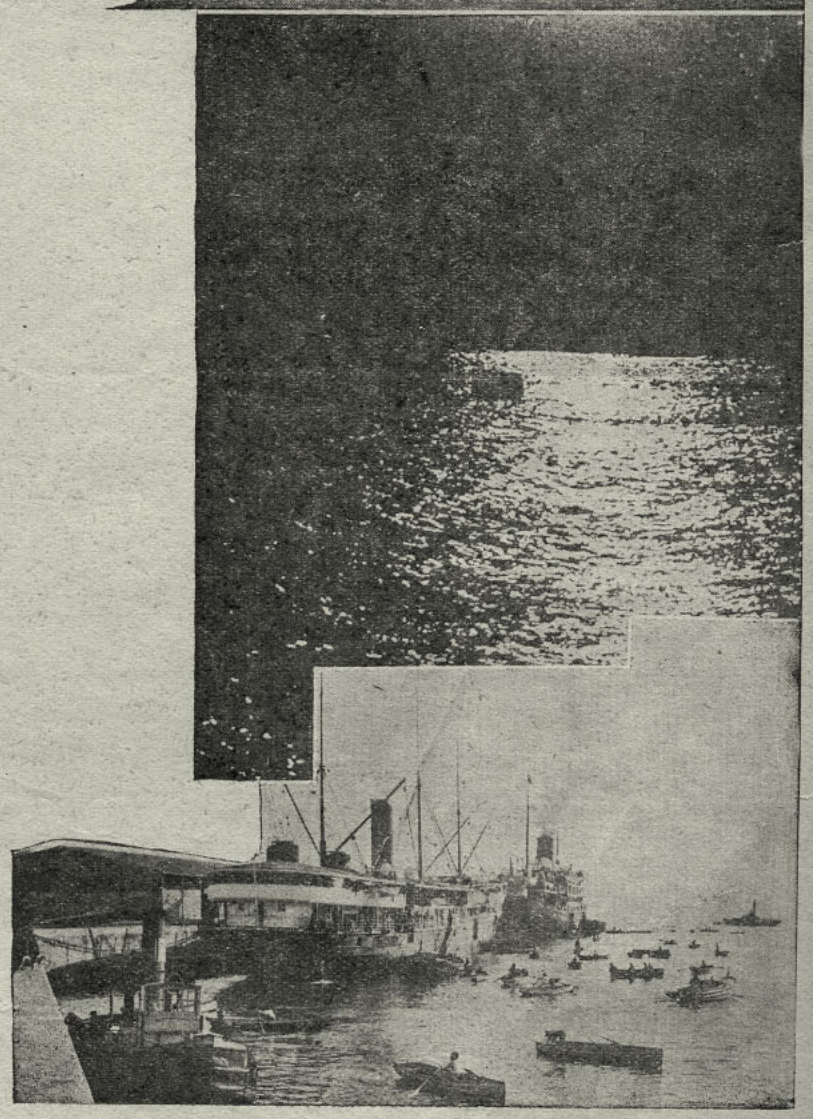
Este es el Valparaíso que yo amo, y por eso hablo de él con más cariño que del otro, del que se extiende por el barrio del Almendral, con sus cines de moda, sus cafeterías elegantes y esa plaza de la Victoria llena de amores a la acuarela.

El Almendral es un barrio como el de muchas otras ciudades, un barrio de buen tono. Sin embargo, ¡cuidado! Si torcemos por alguna calle mal alumbrada, es muy posible que regresemos con una mancha de "rouge" en el carrillo.

Porque Valparaíso es puerto, puerto aún cuando no lo quiere ser.

Valparaíso tiene de la mano a Viña del Mar y coquetea con ella, así como el papá chochea con la niña bonita. Viña se distingue por su olor a mujer elegante; un olor que persigue, que acorrala contra inverosímiles sueños, que se sobrepone al mar y al campo.

(*Termina en pág. 2*)



Fotos facilitadas por la Sec. Turismo del Ministerio de Fomento

n o t a s

VICENTE MEDINA.—Este poeta español, cantor típico de su tierra, famoso por sus bellos poemas en lenguaje popular, nos ha visitado. Ha recorrido la zona central del país y ha hecho vida literaria en nuestros cenáculos. Acaba de publicar en Rosario, República Argentina, donde reside desde hace tiempo, n libro con el título de "Aires Murcianos", siempre dentro de su misma tendencia popular. Este libro viene a traer nuevos laureles para este poeta que, en sus sesenta años, demuestra una envidiable juventud .

Vicente Medina ha sido una visita muy grata para nuestra intelectualidad, la cual ve en él a uno de los grandes poetas de España. Nos complacemos en saludar l ilustre visitante.

HECHO ESPANTOSO.—La misma mano misteriosa que escribió, sobre los muros bíblicos el fatídico "Manen Tessel Phares", escribió el otro día en los vidrios de las vitrinas de la librería francesa, en Huérfanos, sitio en que diariamense reúnen numerosos literatos, la siguiente estrofa:

A Huérfanos, con alambre
pondrán un cerco en Febrero,
porque dicen que el pelambre
deja mucho olor a cuero.

JUAN GUZMAN CRUCHAGA.—Se encuentra entre nosotros el poeta, Juan Guzmán Cruchaga, ue ha permanecido por espacio e dos años desempeñando el car-o de Cónsul General de Chile en uro. El Gobierno acaba de degnarlo para igual cargo en Ba- Blanca, pero antes de par- a su nuevo destino permane- algún tiempo entre nosotros. cará en Santiago dos libros: uno de poemas y otro de notas de viaje por China.

Saludamos al escritor y amigo.

LA "NOVELA NUEVA".—Buen éxito de librería ha alcanzado "Mujer del Laja", de Lautaro Yankas, última publicación de "La Novela Nueva".

Está por aparecer, en estos días, "Luces en la isla", cuentos de Luis Enrique Délano.

LA COMEDIA DE J. P.—Jenaro Prieto acaba de terminar una comedia cuyo título aún no conocemos. ¡Buen éxito!

PREMIOS FRANCESES.—Seguramente será de interés para nuestros lectores saber qué escritores han obtenido el Premio Goncourt, el más importante de Francia, desde que se inició, el año 1903, hasta la fecha. He aquí la lista completa:

1903, **John-Antoine Nau** (Force ennemie, Ediciones de la Plume).

1904, **Léon Frapié** (La Maternelle, Albin Michel);

1905, Claude Farrére (Les Civilisés, Ollendorff);

1906, **J.-J. Tharaud** (Dingley, l'illustre écrivain, Cahiers de la Quinzaine y edición Pelletain).

1907, **Emilie Mosselly** (Terre lorraine, Plon);

1908, **Fraicis Miomandre** (Ecrit sur de l'eau, Ediciones de Temps Présent y edición Emile-Paul);

1911, **Alphonse de Cháteaubriant** (Monsieur des Lourdines, Bernard Grasset);

1912, **André Savignon** (Filles de pluie, Bernard Grasset).

1913, **Marc Elder** (Le Peuple de la mer, Henri Oudin).

1914, **Adrien Bertrand** (l'Appel du sol, Bernard Grasset), premio reservado en 1914 y concedido en 1916);

1915, **René Benjamin** (Gaspard, Fayard);

1916, **Henri Barbusse** (Le Feu, Flammarion);

1917, **Henri Malherbe** (La Flamme au poing, Albin Michel);

1918, **Georges Duhamel** (Civilisat, Mercure de France);

1919, **Marcel Proust** (A. l'Ombre des jeunes filles en fleur, N. R. F.);

1920, **Ernest Pérochon** (Néne, Plon);

1921, **René Maran** (Batouala, Albin Michel).

1922, **Henri Béraud** (Le Vitriol de lune, le Martyre de l'Obése, 2 vol., Albin Michel);

1923, **Lucien Fabre** (Rabevel, 3 vol., N. R. F.);

1924, **Thierry Sandre** (Capítulo 13 d'Athénée; Le Purgatoire, 2 vol., **Edgards Malfére,** Mouseline, N. R. F.);

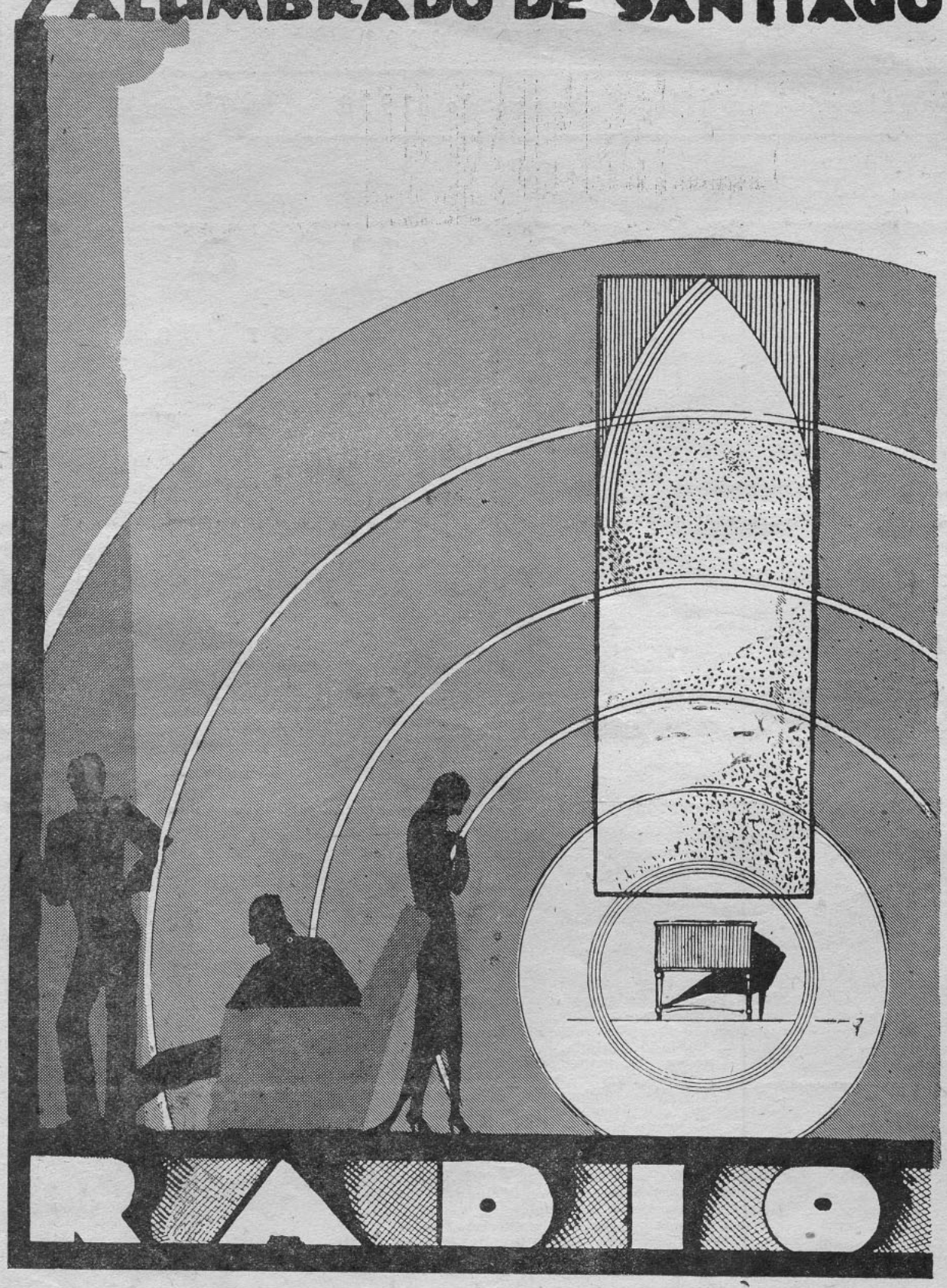
1925, **Maurice Genevoix** (Rabolliot, Bernard Grasset);

1926, **Henri Deberly** (Le Supplice de Phédre, N. R. F.);

1927, **Maurice Bedel** (Jeróme, 60° latitude Nord, N. R. F.);

1928, **Constantin-Weyer** (Un homme se penche sur son passé, Rieder);

1929, **Marcel Arland** (L'Ordre, 3 vol., N. R. F.);



v a l p a r a í s o

(conclusión de la 1.a pág.)

Viña del Mar, Concón, Recreo, centros de gran mundo, balnearios de moda, con sus autos de lujo, sus victrolas, sus ruletas y sus aperitivos.

Ahora la bahía.

—El Canal de Panamá — os dirán — mató a Valparaíso; esta es una bahía muerta.

Una bahía muerta o poco menos. Nada del estremecimiento cálido del gran puerto, nada del vértigo, de la aglomeración de las grandes encrucijadas del mundo. Sólo algunos vapores parsimoniosamente atracados a los malecones, sólo algunos montones negros de vejez, sólo una o dos goletas pequeñas... Y, sin embargo, todo está aquí. Basta mirar el mar y los humos del puerto, basta escuchar la voz de un nauta o mirar los ojos de una mujer, para que todos los climas nos tuesten, para que todos los grandes puertos del mundo envíen a éste su mensaje secreto. Un capitán equivocado iza en la cangreja de su barco la bandera del olvido, una gaviota desgarra el recuerdo de un adiós... Y uno se marcha, dice su palabra de despedida suprema, regresa con las sienes apretadas de noches cuya oscura piel despide metálicos brillos.

Estamos lejos; lejos de todo, solos en el viento de las grandes rutas, sin otro deseo que el de un viaje sin término.

Tal es Valparaíso, tal el secreto de su vida y el sueño de su alma arrullada por la vasta canción del Pacífico.

S. R.

15 MINUTOS CON JOAQUIN EDWARDS BELLO

Tercer piso de "La Nación". La voz de Joaquín Edwards Bello en relieve sobre un fondo de tecleos de "Underwoods". Dice:

—La novela es la exaltación de las imágenes del pasado. Al trabajar el novelista vé desarrollarse en su imaginación el vasto panorama de su vida y así podríamos decir que la novela es la revisión del recuerdo. "Invención de vida" la llamó Blasco Ibáñez. Es posiblemente la mejor definición.

Para nosotros, que al decir de Walth Withman, tenemos las multitudes en la cabeza, la novela se nos presenta como el campo más apropiado para expresar nuestras ideas, forzosamente contradictorias como el tiempo, como la vida, como la naturaleza. Moviendo nuestros muñecos permanecemos en el plan superior, manejando nuestro pequeño Olimpo y haciendo que ellos discutan y se contradigan. La novela obedece también al ansia general de escuchar un cuento. El que compra nuestros libros es porque, en realidad, desea que le digamos algo interesante, que le contemos alguna aventura, algún rasgo nuestro o de las personas que hemos visto. Particularidad de todos los grandes novelistas es la de haber llevado una vida estremecida: Cervantes, soldado, prisionero de los moros; Bocaccio, comerciante, amante de la hija de una reina, agenciero, botillero, y por último, católico, que es otra manera muy admirable de ser novelista; Dostoyewsky, perseguido por las autoridades, jugador inveterado; Gorky, Tolstoy, Blasco Ibáñez, Panaiti, Istrait...

—¿Qué pienso de mi propia obra? Siento cierto malestar al releer mi obra anterior al "Roto", acelerada, imperfecta, saturada de la prisa y el impulsivismo incompatibles con el arte. Siento a veces, leyendo mi obra pasada, un escozor profundo y cierta rabia también contra el ambiente que me incitó a entregarme cuando aún era ácido é impúber. En realidad, mi obra pasada es genial, pero es simplemente un borrador. Si yo tomara ahora tales obras como "Tres meses en Río" o "Los cuentos de todos colores", podría hacer, con esa misma materia, libros de primer orden. En el diario he vaciado mi entusiasmo y he entregado una parte considerable de mí mismo.

—Preguntado el gran Azorín en una encuesta sobre esto mismo que Ud. acaba de preguntarme a mí, por qué escribimos, respondió que por vanidad. Es muy posible que asi sea, considerando a la vanidad como la Emulación latente de todo el género humano. Vanidad es el deseo de superarse y la ambición de ir más allá. Al escribir indudablemente permanecemos aferrados a esta ley inseparable de nuestra condición. Por mi parte, yo escribo primeramente para darle gusto a la pluma, y las novelas, o sea las obras independientes, las hago con más gusto.

Pierre Loti decía que él escribía siempre para encontrar aquel lector desconocido que vibraría con su obra y sería un nuevo y más cercano amigo. Muy comprensible es esto para los escritores jóvenes, cuya obra pasada, imperfecta, les hace esperar otro círculo de lectores y admiradores de la parte más madura y selecta de su espíritu. Los nuevos lectores que buscamos con nuestras nuevas obras son en realidad, los que forjarán nuestra verdadera personalidad, totalmente desprendida del prejuicio de aquellos que nos conocieron en los primeros pasos.

En cuanto a autores favoritos, me parece que nadie los tiene. Los autores que nos gustan dependen de las circunstancias y en realidad, son una moda de nuestro espíritu, cambiante como todas las modas. Pero aún cuando a mí me gusta un autor no dejó de leer otro muy diverso casi al mismo tiempo. Yo leo entreverados a Proust, Keyserling, D'Ors, de la misma manera, como un mismo día, puedo ir en la tarde a oir a Wagner y en la noche a bailarme un jazz en el "Moulin Rouge". He sostenido muchas veces que la abeja no come miel sino chupa flores, simil conocido para probar que el novelista no debe comer novelas sino vida.

Y el coro de las "Underwoods" creciendo, se tiende como una ola sobre la voz de Joaquín Edwards Bello.

S. R.

ABANICOS

Estamos silenciosos. Encendidos en el silencio.

Tú no tienes para qué decirlo.

Las palabras tienen las alas recogidas.

Los navíos también se quedan silenciosos cuando regresan.

Los dos somos una bahía ancha y abierta en la hora en que el sueño arrebata los nombres a los marineros.

* * *

Hemos hecho el viaje de siempre.

Pienso que tú estás cansada, porque te he visto apoyar los ojos en una caja de luz que se ha quebrado en el cielo...

* * *

Detrás de la ventana la lluvia hila su llanto de niño aterido. El invierno, caído de golpe, se entretiene en acorralar pensamientos. Y también mujeres detrás de las ventanas.

Día gris, murciélago con las alas extendidas, viajero que pasa acurrucado en una bufanda de frío. Las estrellas tendrán miedo. No se atreverán a salir para verlo desdibujarse en el horizonte. Permanecerán como violetas apagadas y temblorosas.

Tú misma, amiga, has sentido su languidez en el corazón. Acaso al abrir tu libro de hoy, has pensado sin querer en los pordioseros.

ALFREDO GANDARILLAS DIAZ.

EL HOMBRE BUENO

Aquel hombre no daba limosna a los ciegos con permiso de la Municipalidad, ni a los que llevan un perro como lazarillo o un muchacho para la propaganda.

Sin embargo, tenía un corazón inmenso.

Muchas veces lo vi conmoverse ante la miseria sin decoraciones o frente a las penas calladas de los fuertes. Otras tantas lo vi desprenderse del poco dinero que tenía, en favor de un compañero infortunado.

En la calle complacíase mirando a las mujeres más feas, a aquellas que llevan su deformidad como un cilicio y en las que nadie repara.

Era uno de sus modos de hacer el bien.

* * *

Cierto Domingo vagaba por la ciudad. Iba por una calle extraviada, y divisó, frente a una pastelería, a un grupo de muchachos zaparrastrosos que miraban con ansia la ventana.

Entró al negocio. Llamó a los muchachos y les ofreció pasteles. Todos los que quisieran. ¡Cuántos había!

* * *

El dueño del establecimiento primero se sorprendió. Y luego, a pesar de la expectativa, hizo un irreprimible gesto de desagrado. No podía sufrir que la pobreza con andrajos entrase a su casa.

Pero los muchachos no aceptaron un solo dulce de su extraño anfitrión. Habíanse acercado recelosamente. Temían que se tratara de una broma. Y ninguno estaba dispuesto a pasar por poco listo.

Eran demasiado perspicaces.

Y uno a uno se fueron retirando ante la insistencia con que el Hombre los invitaba a tan espléndido festín.

* * *

Cuando todos se hubieron marchado, el Hombre salió a la puerta y vió que en la esquina los rapaces se habían puesto a deliberar.

En cuanto lo divisaron, se dijeron algo al oído y se echaron a reír. Después, colocándose las manos en la boca a modo de bocina, le gritaron:

—¡Maricoon!

MARIO BONAT.

Antofagasta

Miércoles 13

- LA -

SALA IMPERIO

ESTRENA

Satanás entre Mujeres

La más aristocrática cinta de lujo y suntuosidad

CREACION DE

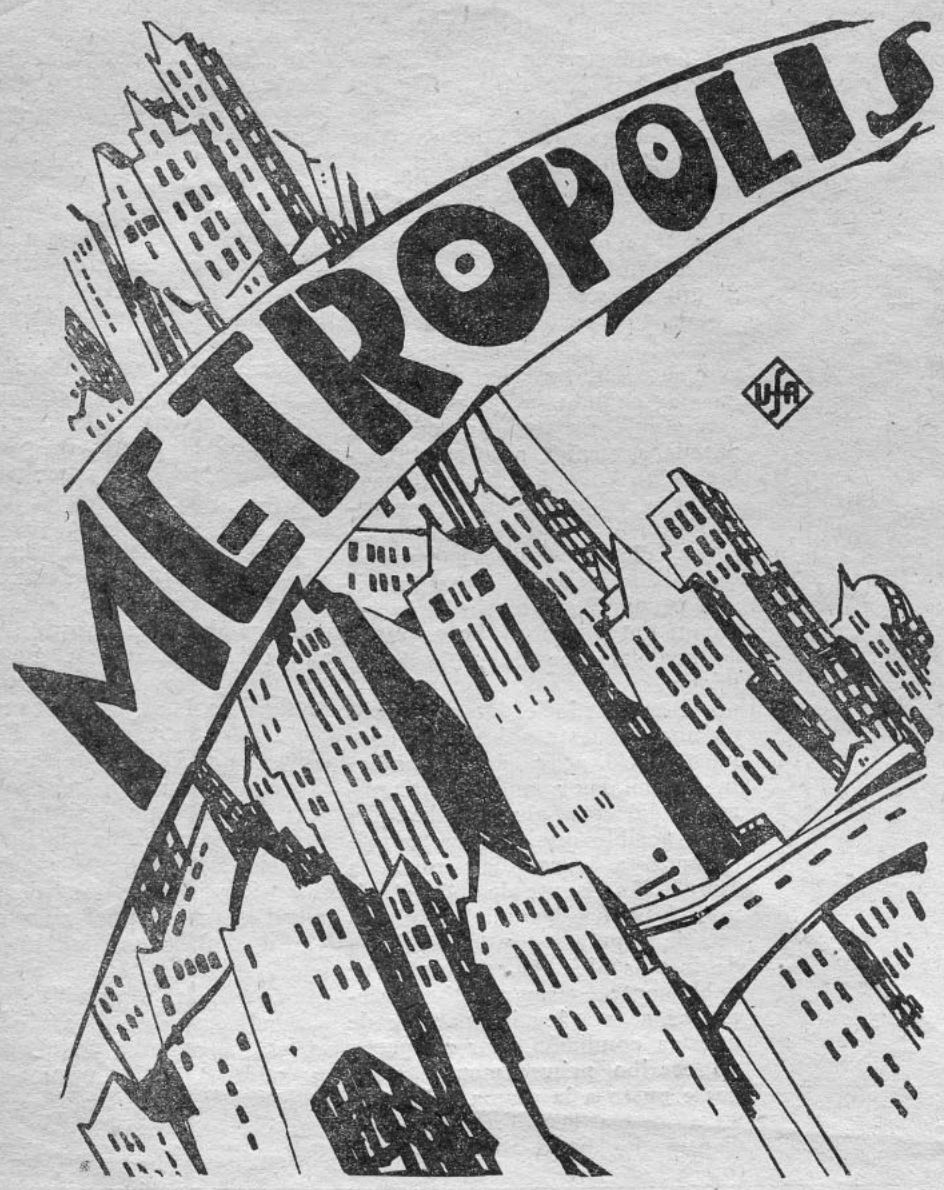
LOWELL SHERMANN

Paulina Garon

Gertrude Astor

John Harron

La película que reproduce más fielmente al Paris refinado, mundano - y fantástico -



Esta es la pesadilla del progreso material. Es la escala monstruosa de rascacielos que se hunde soberbia en las nubes; es el puente inverosímil que salta de los cielos al abismo; es la maquinaria negra, el prodigio de la electricidad, la montaña de riqueza, el vértigo del poderío, la Torre de Babel alzada por la mano bruja de la ingeniería moderna. Y es, también, el orgullo triste del hombre contemporáneo.

"Metrópolis" es una alucinación. Es el delirio de la fuerza. Por sus primeros actos pasa un calofrío. Y lo cierto es que este cuento de hadas de 1928, refleja los horrores de nuestra civilización. Esas obscuras y silenciosas muchedumbres de obreros agobiados, son nuestras. Su fatiga y su desaliento no son creaciones del artista, sino dolor moderno, amargura de estos días.

—Pero, ¿a dónde vamos a llegar? — se pregunta la gente ante las noticias de los fabulosos progresos de algunas ciudades modernas.

Y en esta pregunta palpita un vago temor de conquistar fuerzas prohibidas, de traspasar el límite humano, de tocar zonas desconocidas, de pisar el umbral del misterio y de la muerte. A veces el hombre tiene miedo de progresar demasiado de prisa. Sospecha un pecado nuevo en el prodigio de sus máquinas.

Este extraño temor, — rescoldo tal vez de una vieja superstición, — late, violentamente, en los doce tambores de "Metrópolis". Como obra cinematográfica es una audacia sin límites. Acostumbrados estamos a las reconstrucciones gigantescas, a los escenarios de magia. Pero esta vez, en la sábana se ha quebrado otro récord, se ha descubierto un nuevo pavor, Aladino le ha pedido a su lámpara otro milagro más.

D. DE LA VEGA.

METROPOLIS

VALPARAISO
SETIEMBRE
CONDELL

30
MAYO
VIERNES

SANTIAGO
VICTORIA

LA MARAVILLA del CINEMATOGRAFO que se ADELANTO un SIGLO

PEREZ DE AYALA EN LA ACADEMIA

Ser académico es un hecho difícil de considerar. Desde la opinión del hortera, que cree patente de inteligencia o de sabiduría la entrada a la Academia, hasta la del novador furibundo que la repele y le hace la cruz, hay una infinidad de matices. En alguno de ellos calza nuestra propia opinión. En efecto, ¿qué mal hay en que un hombre pertenezca a una Academia? Lo fundamental parece en este caso que entre el espíritu de ese hombre y el carácter de la corporación haya o pueda haber congruencia. No se concibe a un Baroja, a un Unamuno, en la Academia Española. ¿Se concibe a Pérez de Ayala? Es lo que vamos a examinar aquí.

Pérez de Ayala entra a reemplazar en la Academia a Vásquez de Mella, intransigente, ultramontano político español, fallecido hace poco. No se sabe en estos casos si es el espíritu del tiempo o la propia decadencia física lo que acalla a estos hombres. Vásquez de Mella era el siglo diecisiete, recrudecimiento en España de la Edad Media; era la Inquisición; era el matiz más cargado de Ultramonte. Su voz tenía que disonar agudamente en la España de hoy. No la representaba ni la comprendía.

Ahora bien, esta circunstancia coloca a Pérez de Ayala en situación curiosísima. Pérez de Ayala es anticlerical y si se extrema el análisis, seguramente se descubre que no tiene una religión determinada. ¿Cómo va a hacer este escritor el elogio de fórmula de su predecesor en el banco académico? Tendremos acaso esta vez una repetición, bastante cercana por cierto, del caso de Valery, que hizo el elogio de Anatole France en la Academia Francesa, sin nombrarlo. (Si elogio puede llamarse ese análisis despiadado de la obra de France, que demostró en Valery un espíritu tan disímil en contenido, en carga de hechos e ideas, como semejante en la forma de su actuación, al del autor de "Le lys rouge").

Queda por estudiar otro aspecto, a mi entender fundamental, del asunto. ¿Es el espíritu de Pérez de Ayala un espíritu académico? Hay algunos rasgos de su obra que permiten responder afirmativamente; otros disuaden de tal opinión. En efecto, la Academia Española es el refugio del pensamiento tradicional español, ya en la forma legítima que éste invistió, hace algunos años, en Valera y en Menéndez y Pelayo, ya en sus desviaciones más antieuropeas y cerriles. La labor de la Academia es de conservación del patrimonio literario, de avance tímido, cuando no de reacción, en el terreno del léxico, de la gramática, de la crítica literaria, del fomento de la actividad intelectual. El más audaz académico se había permitido hasta hace poco dudar blandamente y sonreír de todo, como Valera, o había preferido Grecia y la Roma pagana, sólo en el terreno del arte, a la Roma cristiana y a la Edad Media, como Menéndez y Pelayo.

Pero los últimos cinco años han sido de fronda para esta soñolienta corporación. En poco tiempo ingresan Azorín y Gómez de Baquero, y en seguida, Eugenio d'Ors y Antonio Machado. El vacío académico parece cargarse de electricidad. Después de esto la entrada de Pérez de Ayala parece lógica. Nadie ha olvidado que Azorín comenzó su vida literaria siendo furibundo anarquista. Es cierto que hoy sus ideas políticas distan con mucho de tal extremo; pero no lo es menos que en sus libros quedan afirmaciones literarias que, en su rango, equivalen a las mayores audacias del anarquismo político de la primera hora. Y Gómez de Baquero, por su parte, es un periodista de bien teñida coloración liberal.

Junto a estos escritores, Pérez de Ayala está bien: todos ellos están destinados a formar la extrema izquierda de la corporación y representan un espíritu de revisión literaria en absoluto nuevo para la Academia.

Pero, entre tanto, hemos olvidado decir cuáles son los rasgos de la fisonomía literaria de Pérez de Ayala que se compaginan con la Academia y cuáles no. Es Pérez de Ayala un escritor que conoce a fondo a los clásicos españoles, de los cuales ha aprendido maneras de hacer y de decir que son de sabroso gusto. Hay en algunas de sus novelas—citemos, al paso, "Tinieblas en las cumbres" y "Tro-

PEREZ DE AYALA

teras y danzaderas"—escenas de pura raigambre picaresca. La España apicarada y cochambrosa de Rincón y Cortado, del Lazarillo de Tormes, asoma allí su faz torva y simple. Risas y donaires en que se escombra la tragedia, corren de esos libros viejos a estos libros nuevos, en que un escritor de hoy refleja la vida de hoy. Y por esta relación entre dos épocas tan dispares, pero que sobreviven en algunos estratos de la vida española, Pérez de Ayala puede figurar en la Academia.

Lo mismo cabe decir de su estilo. No faltan en él galicismos y formas modernas. Largas lecturas de la literatura contemporánea han permitido a Pérez de Ayala captar el secreto de la prosa moderna de varios países europeos: Francia, Inglaterra, Alemania, Italia. Pero es más valioso y más característico el elemento tradicional anclado en su estilo. Ha vuelto a emplear Pérez de Ayala en sus libros muchas palabras de que el oído español había perdido la costumbre. Sus personajes humildes, sobre todo, hablan una lengua casticísima, llena de jugo y de sabor vernáculo. Esa Conchona de "Luna de miel, luna de hiel" habla como debieron hablar los contemporáneos de Cervantes, y por sus palabras venimos a ver cómo el fondo popular, el légamo opulento de la plebe, no cambia en pueblo alguno sino en mínima proporción. Y como Conchona, muchos otros seres de las novelas de Pérez de Ayala emplean una lengua de legítimo origen antiguo.

Pero si todo eso, y algunos detalles más que omito por abreviar, persuaden del academicismo del espíritu de este escritor, ¡cuántos otros relieves de su fisonomía literaria marcan rumbo enteramente distinto! Parecen incompatibles la crítica literaria y la Academia. En efecto, en la atmósfera de las Academias flota, como niebla sobre un lago, cierta benevolencia recíproca, cierta tolerancia, cierta amistad, tal vez no efusiva, pero sí discreta. La crítica literaria es, en cambio, lucha de cada instante. Pérez de Ayala no ha hecho crítica de esa manera policíaca y a plazo fijo que estamos acostumbrados a ver. Su jurisdicción ha sido más laxa, pero no menos rigurosa. Pérez de Ayala ha hecho crítica con más libertad que un crítico de profesión, y eso explica en gran parte el matiz personalísimo de su labor. ¿Quién no recuerda los artículos que dedicó al teatro de Benavente? Ahora Pérez de Ayala va a sentarse en la "docta" corporación junto a Benavente. Esta situación curiosísima, ¿es compatible con el ambiente académico?

Hay otro aspecto que interesa considerar en este caso, y es el espíritu de la época, ese como perfume que se escapa de cada agrupación temporal y que sirve para definirla mejor que cualquier análisis sutil. Pérez de Ayala pertenece a una generación descastada. El personalmente—lo hemos dicho ya—está dentro de la tradición española. Pero no cabe duda de que su obra, a pesar de ello, ha servido de fermento anticastizo, de la misma manera que, cada una en su tono propio, las de Azorín, Unamuno, Baroja, Valle Inclán, Ortega y Gasset, Maeztu, todos aquellos, en fin, que forman hoy el núcleo central de las letras españolas. La lección de Pérez de Ayala ha sido, en el fondo, aprecio a lo castizo, pero conocimiento previo y aguda selección de lo que puede entenderse por tal. No es castiza—parece decirnos Pérez de Ayala—la España en que se han solazado algunos flamenquistas de calle atravesada. Sí lo es la independencia personal, la originalidad robustísima, casi bravía, de algunos de los seres novelescos que Pérez de Ayala ha lanzado al escenario de sus obras. Y todo esto es, por de pronto, sumamente inacadémico.

En resumen, Pérez de Ayala va a hacer mucho bien en la Academia Española, como ha hecho bien a la literatura de su patria y, en general, al espíritu hispano. Con él la tradición literaria de la prosa castellana adquiere una fuerza que sólo a momentos había podido advertirse en los últimos treinta años de su vida. En él se mezclan, por eficacísimo modo, el habla antigua y el pensamiento moderno. Y así sus novelas, pensadas y vertidas en hombres de hoy—las de reconstrucción histórica son ajenas, naturalmente, a su delicado gusto literario—son modelos de prosa no precisamente antigua, pero sí castiza, en el único enaltecedor sentido de la palabra. Y esto, aunque parezca mentira, tampoco es académico.

RAUL SILVA CASTRO.

MARINEROS

Cuando los veo venir
blancos, erguidos, ligeros,
quisiera ser un momento
la novia de un marinero.

Dulce de verle ha de ser
después de tan largo tiempo
y al abrazarle, abrazar
continentes y hemisferios.

Agridulces deben ser
los besos del marinero:
salpicaduras de mar
en los labios entreabiertos.

Fruto de todos los climas
el amor del marinero,
soleado del mejor sol
y oreado al mejor invierno.

Estrechar entre sus brazos
al que dirige los vientos
y cuando quiere, los unce
al carro de su velero.

El sol aclaró su tez
y destiñó sus cabellos,
¡oh, la delicia de amar
al más rubio marinero!

¡Oh el sabor a continentes
que ha de haber entre sus besos
y el olor a algas marinas
que ha de poseer su cuerpo!

Amantes de las sirenas
deben ser los marineros,
por eso llevan los ojos
teñidos de su misterio.

Un momento, nada más,
tocar sus rubios cabellos,
besar su boca agridulce,
ser novia de un marinero!

M A R I A

Motivos de Viaje

COLON

A Colón lo ha inventado Picasso.
Es un cuadro en el suelo.
Para mirarlo bien, dan ganas de pararlo.
¡Oh museo excesivamente calefaccionado
para guardar la tela futurista
con palmeras de marco!

Negros de Colón, ¡qué zambos,
qué feos y qué bien pintados!
Negros de Colón, bajo un cielo azul
y sobre un suelo blanco!

El mar, de tanto hervir, vive apenas
y está pálido y manso.
Lame las playas sin rumor
y deja los peñascos intactos,
sin ese alarde de furor y arenas
que deja en otros sitios su abrazo huracanado.

Amores de Colón. Amores
de negros y blancos.
En el ambiente hay olor a amor salvaje
como en París olor a amor civilizado.

Mercaderes de las Mil y Una Noches
que enseñan a los ojos asombrados
las sederías estupendas
de los antiguos califatos.
Y el Canal de Panamá
y los marineros rubios y blancos...
Colón es un lienzo en el suelo
firmado por Picasso.

M O N V E L

HORA DE GUILLA

Algunos años después de haber cantado proféticamente "Une etoile de sang me couronne a jamais", Guillaume Apollinaire, inválido de la Gran Guerra, detuvo para siempre sus ojos en la luz rosada de París.

Nacido en Roma, de origen polaco, Alejandro Apollinaire Kostrovisky era un francés en sus cinco sentidos, y en Galia fué donde bebió la música y la llamarada que después resplandecerían como en húmedos vitraux en "Alcools" y "Calligrammes".

Poeta de principios de este siglo, ávido de canciones inusitadas, se halló en mitad de su adolescencia con una nueva vida, que daba el adiós definitivo a los últimos resabios del Romanticismo, y que enfrentaba el porvenir, deseosa de entregarse a su remolina cantante.

Apollinaire, amigo de Picasso, desde sus primeros años fué uno de los más firmes pilares del Cubismo, como lo demostró publicando en 1912 su obra "Los Pintores Cubistas", con retratos y reproducciones. Desde aquella época la nueva escuela fué dándose a conocer en los centros culturales de más prestigio del mundo, otorgándose a su Pontífice Picasso el respeto o la diatriba con que son señalados siempre los apóstoles de cualquier movimiento artístico de avanzada.

Mientras en nuestra América los poetas imitaban a los líricos de España o se maravillaban ante la ancha voz de Hugo, Apollinaire, a la sombra de la Torre Eiffel, decía su canto augural y llameante como un arco iris.

"Alcoholes", su primer libro de versos, fué editado en 1913. Ya en esa época Apollinaire había viajado mucho por sus caminos líricos. Sus estrofas cogían el mundo en una red de abejas; saltaban como flechas o como insectos de luz. Leed su poema "Zona", en que ambula el espíritu sin detenerse y va de un matiz a una sensación o melodía.

"Pastora oh Torre Eiffel el rebaño de tus puentes bala esta mañana"

Dinámico, incontenible, no podía limitarse a la estructura cerrada de los clásicos. Por eso cuando su inspiración lo fustiga, se liberta de los cuatro muros d oleaje.

En 1911 fué sindicado Ap de "La Gioconda" de Vinci y en la cárcel de La Santé. Al alzó como de un pozo.

"Qué lentamente
Como pasa un en
Tú llorarás la ho
Que pasará rápid
Como pasan toda

La poesía de Apollinaire, ciendo de ella que responde a

ZONA

Al fin estás cansado de este mundo antiguo
Pastora oh torre Eiffel el rebaño de puentes bala esta mañana
Tú tienes bastante con vivir en la antigüedad greco-romana
Aquí mismo los automóviles parecen viejos
La religión sólo ha permanecido nueva la religión
Ha permanecido simple como los hangares del Puerto Aviación
Solo en Europa tú no eres antiguo oh Cristianismo
El europeo más moderno eres tú Papa Pío X
Y tú que las ventanas observan reteniéndote
De entrar en una iglesia y de confesarte allí esta mañana
Tú lees los prospectos los catálogos los affiches que cantan en (lo alto
He aquí la poesía esta mañana y para la prosa hay diarios
Hay entregas a 25 céntimos llenas de aventuras policiales
Retratos de grandes hombres y mil títulos diversos
Yo vi esta mañana una hermosa calle cuyo nombre he olvidado
Nueva y limpia del sol ella era el clarín
Los directores los obreros y las bellas esteno-dactilógrafas
Del lunes en la mañana al sábado en la tarde pasan por allí cuatro (veces
En la mañana la sirena tres veces gime en ella
Una campana rabiosa allí ladra hacia el mediodía
Las inscripciones de las enseñas y de las murallas
Las placas los avisos al modo de los papagayos gritan
Yo amo la gracia de esta calle industrial
Situada en París entre la calle Aumont Thieville y la Avenida (Ternes
He aquí la calle joven y tú no eres todavía más que un niñito
Tu madre sólo te viste de blanco y azul
Tú eres muy piadoso y con el más viejo de tus camaradas René (Dalize
No amas nada como las pompas de la Iglesia
Son las nueve el gas está bajo todo azul sales del dormitorio a (escondidas
Rezas toda la noche en la capilla del colegio
Mientras que eterna y adorable profundidad amatista
Gira para siempre la resplandeciente gloria de Cristo
Es el bello lis que todos cultivamos
Es la tea de cabellos rojos que no apaga el viento
Es el hijo pálido y bermejo de la madre dolorosa
Es el árbol siempre poblado de todas las súplicas
Es la doble potencia del honor y de la eternidad
Es la estrella de cinco ramas
Es Dios que muere el Viernes y resucita el Domingo
Es el Cristo que sube al cielo mejor que los aviadores
El detenta el record de altura del mundo
Pupila Cristo del ojo
Vigésima pupila de los siglos él sabe allí hacerlo
Y cambiado en pájaro este siglo como Jesús sube en el aire
Los diablos en el abismo levantan la cabeza para mirarlo
Ellos dicen que imita a Simón Mago en Judea
Ellos dicen que si él sabe volar lo llamen volador
Los ángeles revolotean en torno del bello volatinero
Icaro Enoch Elías Apolonio de Tiana
Flotan alrededor del primer aeroplano
Ellos se separan para dar paso a aquellos que transporta la Santa (Eucaristía
Esos prelados que eternamente suben elevando la hostia
El avión se posa al fin sin cerrar las alas
El cielo se llena entonces de millones de golondrinas
Al golpe de ala vienen los cuervos los halcones los buhos
De Africa llegan los ibis los flamencos los marabúes
El pájaro Roc celebrado por los cuentistas y los poetas
Planea teniendo en las garras el cráneo de Adán la primera cabeza
El águila desfonda cae del horizonte lanzando un grito
Y de América viene el pequeño colibrí
De China han venido los pihis largos y flexibles
Que sólo tienen un ala y que vuelan en parejas
Después he aquí la paloma espíritu inmaculado
Que escoltan el pájaro lira y el pavo real oculado
El fénix hoguera que se engendra ella misma
Un instante vela todo con su ardiente ceniza
Las sirenas dejando los peligrosos estrechos
Llegan cantando bellamente los tres
Y todos águila fénix y pihis de la China
Fraternizan con la máquina volante
Ahora tú caminas en París solo entre la multitud
Rebaños de autobuses mugidores cerca de ti ruedan
La angustia del amor te aprieta la garganta
Como si no debieras ya nunca más ser amado
Si vivieras en el tiempo antiguo entrarías a un monasterio
Tienes vergüenza cuando te sorprendes diciendo una plegaria
Te mofas de ti y como el fuego del infierno tu risa chisporrotea
Las chispas de tu risa doran el fondo de tu vida
Es un cuadro suspendido en un museo obscuro
Y algunas veces tú vas a mirarte de cerca
Hoy día caminas en París las mujeres están ensangrentadas
Esto es y yo quisiera acordarme esto es en el declinar de la belleza
Rodeado de llamas fervientes nuestra Señora me ha mirado en (Chartres
La sangre de vuestro Sagrado Corazón me ha inundado en Mont- (martre
Yo estoy enfermo de oír palabras felices
El amor que sufro es una enfermedad vergonzosa
Y la imagen que te posee te hace sobrevivir en el insomnio y en (la angustia
Está siempre cerca de ti esta imagen que pasa
Ahora estás al borde del Mediterráneo
Bajo los limoneros que están en flor todo el año
Con tus amigos te paseas en barca
Uno es de Niza uno de Menton y dos turbiascos
Miramos con espanto los pulpos de las profundidades
Y entre las algas nadan los peces imágenes del Salvador
Tú estás en el jardín de una posada en los alrededores de Praga
Te sientes muy feliz una rosa está sobre la mesa
Y tú observas en lugar de escribir tu cuento en prosa
La cetonia que duerme en el corazón de la rosa
Espantado te veo dibujado en las ágatas de Saint-Vit
Tú estabas triste hasta morir el día que allí te viste
Te pareces a Lázaro enloquecido por el día
Las agujas del reloj del cuartel judío van hacia atrás
Y tú retrocedes también lentamente en tu vida
Subiendo el Hadchim y escuchando en la tarde
Cantan en las tabernas las canciones checas
Hete aquí en Marsella en medio de las sandías
Hete aquí en Coblenza en el hotel del Gigante
Hete aquí en Roma sentado bajo un níspero del Japón
Hete aquí en Amsterdam con una joven que encuentras bella y (que es fea
Ella debe casarse con un estudiante de Leyden
Allí te alquilan piezas en latín cubícula locanda
Yo me acuerdo allí he pasado tres días y otro tanto en Gouda
Tú estás en París en casa del juez de instrucción
Como un criminal te han puesto en calidad de arrestado
Has hecho dolorosos y felices viajes
Antes de apercibirte del engaño y de la edad
Has sufrido de amor a los veinte y tres años
Yo he vivido como un loco y yo he perdido mi tiempo
Tú no osas mirarte más las manos y en todos los momentos qui- (sieras sollozar
Sobre ti sobre la que amo sobre todo lo que me ha espantado
Tú miras con los ojos llenos de lágrimas esos pobres emigrantes
Creen en Dios ruegan a sus mujeres alimentan sus niños
Llenan con su olor el hall de la estación San Lázaro
Tienen fe en su estrella como los reyes magos
Esperan ganar plata en la Argentina
Y regresan a su país después de hacer fortuna
Una familia transporta un edredón rojo como vos transportáis (vuestro corazón
Este edredón y nuestros sueños son también irreales
Algunos de estos emigrantes se quedan allí y se alojan
En la calle de Rossiers de Ecouffes en chiribitiles
Yo los he visto continuamente en las tardes tomando el aire en la (calle
Y se desplazan raramente como las piezas de ajedrez
Hay sobre todo judíos sus mujeres llevan peluca
Ellas permanecen sentadas exangües en el fondo de las boticas
Tú estás de pie ante el zinc de un bar crapuloso
Tomas un café de dos centavos entre los desgraciados
Tú estás en la noche en un gran restaurant
Estas mujeres no son malas y sin embargo tienen inquietudes
Todas hasta la más fea ha hecho sufrir a su amante
Ella es la hija de un sargento de la ciudad de Jersey
Sus manos que yo no había visto son duras y resquebrajadas
Yo tengo una piedad inmensa por las costuras de su vientre
Yo humillo ahora a una pobre niña con risa horrible de mi boca

GUILLAUM
por Picasso. Grabad

Estás solo la mañana va a ve
Los lecheros hacen tintinear
La noche se aleja lo mismo q
Es Ferdine la falsa o Lea la
Y tú bebes ese alcohol quem
Tu vida que tú bebes como u
Caminas hacia Auteuil quiere
Dormir entre tus fetiches de
Ellos Cristos de otras forma
Son los Cristos inferiores de
Adiós, Adiós
Sol cuello cortado.

HACIA

Cenit
Todos estos pesa
Estos jardi
Donde el sapo modula
La cierva del silencio
Un ruiseñor herido po
El rosal de tu cuerpo
Nuestros corazones pe
Y las flores de granad
Cayendo una a una h

LA DE

Y sus rostros
Y sus solloz
Como la nie
O bien tus
Caían las ho

UME APOLLINAIRE

a retórica y se deja llevar por su

inaire de cómplice en el secuestro
noció las sombras y el sufrimiento
en aquella inmovilidad, su voz se

ısan las horas
erro.
en que tú llores
nente
las horas".

si pudiera caracterizarse, sería di-
uestro espíritu de hoy, cambiante, desorientado, multiforme, como la gran plaza de una cosmópolis donde afluyen mil corazones, chocan y se bifurcan. El autor de "Caligramas" ha hecho esa poesía, que sin duda alguna, debe ser difícil de comprender para los amantes del clasicismo. Desde sus ojos Apollinaire mueve un millón de espejos y extrae figuras, centellas, pájaros. Y ya lo sentimos llegar hasta el fondo de una llaga cuando irrumpe en un claro juego malabar. No sigue por los caminos de la tristeza. Ni aún en medio del infierno de las trincheras, frente al enemigo, cuando sólo existía la esperanza de la esposa o de la novia lejanas, el poeta perdió su buen humor. En el poema "La Noche de Abril de 1918" dice:

"El cielo está estrellado por los obuses de los Boches
La selva maravillosa donde yo vivo da un baile".

Más adelante agrega:

"Los obuses maullan un amor hasta morir,
Un amor que se muere es más dulce que los otros".

¡Bella sonrisa, clara sonrisa, que apresuró su vida, haciendo que adelantara su paso por el mundo!

Apollinaire, en el frente de batalla junto a los "obuses color de luna", como él los llamaba, escribió la mayor parte de "Caligramas". Muchos de ellos son extrañas figuras, una pipa, un reloj, un surtidor.

A la hora de su muerte, ocurrida en 1918 en noviembre, dos años después que sufriera el poeta la trepanación, había publicado más de diez obras, entre las cuales se distinguen "El Encantador Putrescente", "El Heresiarca", "El Bestiario o Cortejo de Orfeo", "Alcoholes", "El Poeta Asesinado", "La Mujer Sentada", "Caligramas".

La figura de Apollinaire, después de diez años, o sea desde el día en que para siempre detuvo sus manos en cruz sobre el corazón, ha ido adquiriendo la consistencia y el brillo de las más notables personalidades poéticas de la literatura mundial.

A. C.

: APOLLINAIRE
en madera, por Gaudón

ıir
us jarros en las calles
ıe una rubia Mies
atenta
nte como tu vida
ı agua de vida
ir a tu casa a pie
Oceanía y de Guinea
y de otras creencias
las obscuras esperanzas

EL SUR

es
es sin límite
un tierno grito de azur
erdido pasas luego
el amor canta sobre
el que he cogido las rosas
len juntos en el mismo granado
en nuestras miradas abiertas
ı cubierto el sendero.

SPEDIDA

eran pálidos
s trizados
de pétalos puros
ıanos sobre mis besos
ıs otoñales.

EL ADIOS

Yo he cogido esta brizna de brezo
Acuérdate el otoño ha muerto
No nos veremos más sobre la tierra
Olor del tiempo brizna de brezo
Y acuérdate que yo te espero.

Océano de Tierra

Yo he construído una casa en medio del Océano
Sus ventanas son los ríos que se derraman de mis ojos
Los pulpos bullen en todas partes donde se sostienen las murallas
Sentid batir su triple corazón y su pico golpea en los vidrios

Casa húmeda
Casa ardiente
Estación rápida
Estación que canta
Los aviones ponen huevos
Atención van a arrojar el ancla

Atención a la tinta que arrojan
Sería bueno que vinierais del cielo
La madreselva del cielo trepa
Los pulpos terrestres palpitan
Y nosotros estamos a punto de ser nuestros propios sepultureros
Pálidos pulpos de olas cetáceas oh pulpos de picos pálidos
En torno a la casa existe ese océano que tú conoces
Y que no descansa jamás.

Maravilla de la Guerra

Qué bellos son los cohetes que iluminan la noche
suben sobre su propia cima y se inclinan para mirar
Son las damas que danzan con su mirada por sus ojos, sus brazos
(y sus corazones
Yo he reconocido tu sonrisa y tu vivacidad
Es también la apoteosis cotidiana de todas mis Berenices cuyas
(cabelleras se han vuelto cometas
Esas danzarinas sobredoradas pertenecen a todos los tiempos y a
(todas las razas
Ellas paren bruscamente niños que sólo tienen el tiempo de morir
Qué bellos son todos estos cohetes
Pero sería más bello que hubiera más todavía
Si hubiera millones que tuvieran un sentido completo y relativo
(como las letras de un libro
Por lo tanto es tan bello como si la vida misma saliera de los mo-
(ribundos
Pero sería más bello que hubiera más todavía
Sin embargo yo los miro como una belleza que se ofrece y se des-
(vanece pronto
Me parece asistir a un gran festín iluminado a giorno
Es un banquete que se ofrece la tierra
Ella tiene hambre y abre largas bocas pálidas
La tierra tiene hambre y he aquí su festín de Baltazar caníbal
Quién hubiera dicho que se pudiera ser hasta este punto antro-
(pófago
Y que fuera preciso tanto fuego para asar el cuerpo humano
Es porque el aire tiene un pequeño gusto empireumático que no es
(desagradable a fe mía
Pero el festín sería más bello todavía si el cielo comiera aquí con
(la tierra
El sólo traga almas
Lo que es un modo de no morir
Y se contenta de jugar con fuegos versicolores
Pero yo he corrido en la dulzura de esta guerra con toda mi com-
(pañía a lo largo de los largos ramales
Algunos gritos de llama anuncian sin cesar mi presencia
Yo he cavado el lecho en que corro ramificándome en mil riachue-
(los que van a todas partes
Yo estoy en la trinchera de primera línea y sin embargo
Estoy en todo o mejor comienzo a estar en todo
Soy yo que comienzo esta cosa de los siglos por venir
Esto será más largo para realizar que la fábula de Icaro volante
Yo lego al porvenir la historia de Guillaume Apollinaire
Que fué a la guerra y supo estar en todas partes
En los pueblos felices de atrás
En todo el resto del universo
En aquellos que mueren pisoteando en los alambrados
En las mujeres en los cañones en los caballos
En el cenit en el nadir en los 4 puntos cardinales
Y en el único ardor de esta velada de armas
Y esto será sin duda mucho más bello
Si yo pudiera suponer que todas las cosas en las cuales estoy en
(todo
Podían ocuparme también
Pero en este sentido no hay nada hecho
Porque si yo estoy en todo a esta hora sin embargo sólo yo estoy
(en mí mismo

La Hermosa Roja

Heme aquí delante de todos un hombre lleno de sentido
Conociendo la vida y de la muerte lo que un vivo puede conocer
Habiendo gustado los dolores y las alegrías del amor
Habiendo sabido algunas veces imponer sus ideas
Conociendo varios idiomas
Habiendo viajado mal
Habiendo visto la guerra en la Artillería y la Infantería
Herido en la cabeza trepanado bajo el cloroformo
Habiendo perdido sus mejores amigos en la espantosa lucha
Yo sé de antiguo y de nuevo tanto como un hombre solo podría
Y sin inquietarme hoy por esta guerra (saber de dos
Entre nosotros y para nosotros mis amigos
Yo juzgo esta larga querella de la tradición y de la invención

Del Orden y de la Aventura

Vosotros cuya boca está hecha a imagen de la de Dios
Boca que es la orden misma
Sed indulgentes cuando me comparéis
A aquellos que fueron la perfección del orden
Nosotros que venteamos en todas partes la aventura
Nosotros no somos vuestros enemigos
Nosotros queremos daros vastos y extraños dominios
Donde el misterio se ofrece al que quiere cogerlo
Hay allá fuegos nuevos de colores jamás vistos
Mil fantasmas imponderables
A los que es preciso dar realidad
Queremos explorar la belleza comarca enorme donde todo se calla
Hay también el tiempo que se puede cazar o hacer volver
Piedad para nosotros que combatimos siempre en la frontera
De lo ilimitado y del porvenir
Piedad para nuestros errores piedad para nuestros pecados
He aquí que viene el verano la estación violenta
Y mi juventud ha muerto también como la primavera
Oh Sol es el tiempo de la Razón ardiente
Y yo espero
Para seguirla siempre la forma noble y dulce
Que ella toma a fin de que yo la ame solamente
Ella viene y me atrae como a un hierro el imán

Ella tiene el aspecto encantador
De una adorable roja
Sus cabellos son de oro se diría
Un bello resplandor que durará
O esas llamas que se pavonean
En las rosas-té que se marchitan
Pero reíd reíd de mí
Hombres de todas partes sobre todo gentes de aquí
Porque hay tantas cosas que no oso deciros
Tantas cosas que vosotros no me dejariais decir
Tened piedad de mí

Trad. especialmente para "Letras", por A. C.

entre dos horizontes

por alfonso reyes meza

Uno que no sabe cantar ni silbar, tiene que escribir algunos recuerdor. Es como una necesidad.

El lanchón grande, pintado con alquitrán negro, dejó las aguas del Maule. Los seis botes que le remolcaron hasta pasar la barra, anudando sus fuerzas en un rosario de remos, soltaron las amarras y volvieron al puerto. Las casas empezaron a desvanecerse y a borrarse, como una bandada de tórtolas en la falda de un cerro. Desde la proa, mirando hacia el Oriente, se veía la extensa playa de Quivolgo, plomiza o azuleja, según la distancia. El viento del Sur hinchó la vela redonda, el agua empezó a rasgarse bajo la quilla y a ambos lados del lanchón, feo como una mujer obesa y harapienta, dos largas hileras de espuma se abrieron, alejándose en sentidos divergentes.

A medida que la tarde descendía hacia el mar, desde los brumosos cerros de la costa, que empezaban a borrarse a trechos confundiéndose con el cielo, el viento arreciaba y empujaba con fiereza la embarcación.

Al Oeste aún brillaba, a ras del horizonte marino, la franja amarillo rojiza del crepúsculo lejano.

Todos estábamos alegres sobre la cubierta. Cantábamos al dar un golpe de timón o al amarrar los gruesos cordeles y las órdenes del patrón nos sorprendían felices, lo que facilitaba su cumplimiento.

¡Hay que ver lo que influye la alegría de vivir, aún sobre el acto más pequeño!

—Maruco... reclava la falca y alarga la escota del batículo. (1).

Maruco obedecía sonriendo, y mientras con un martillo y unos cuantos clavos remachaba los tablones para sujetar los sacos de carbón o las rodelas de leña, silvaba una canción de la montaña, una canción alegre con olor a quillay y a boldo.

La noche en el mar cayó de golpe. Las estrellas mostraron sus ojos de pájaros blancos, parpadeando y algunas bajaron a bañarse en el mar. ¡Podían haber naufragado en el oleaje!

El viento arreciaba...

De improviso, sin que supiéramos de dónde vino, (tal vez estaba acurrucada contra la costa, como los bandoleros) la camanchaca envolvió la embarcación en una bufanda de niebla espesa, impenetrable a la vista, como algodón oscuro donde la espada se hunde sin cortar.

Mi mano, poco maestra, sobre la caña del timón, se enfriaba como una piedra. En lo proa alguien cantaba a toda voz:

Yo amo a Bice y sus ojos [azules
y su boina a cuadros
y su vestido blanco
y la chalina de su cuello
—como un ala—
y su corpiño de percala...

A veces la canción se disolvía en el viento y luego volvía a llegar.

Bice tiene los brazos blancos
como el vientre de los robalos...

La sombra se intensificó. Mi mano desapareció en la oscuridad y yo no habría sido yo si no existiera el sentido de palparse o de sentir dentro de uno el latido del corazón.

—¡Guarda a proa!... — gritó a toda fuerza la voz potente—. Vira a estribor...

Apoyé mi cuerpo y toda la voluntad de mis brazos en la caña, con los ojos cerrados, que, lo mismo que abiertos, de nada me habrían servido. Alguien corrió hacia mí.

—¡Ya!...

La potencia de unos músculos duros quitó la caña de mis manos y el lanchón describió una curva violenta. Mi cuerpo cayó sobre las tablas. Algo caliente corrió como una araña por mi rostro. Un poquito de sangre, al rasmillarme en un clavo saliente.

—Me herí apenas — dije.

—Si no viro tan a tiempo, nos despedazamos contra los escollos,— dijo la voz de mi compañero—. Anda, límpiate eso. Yo me quedaré aquí.

El patrón y el otro marinero llegaron a nuestro lado.

—¿Qué ha pasado?

—Nada. Que nos acercamos mucho a la costa y esta niebla de mil demonios impide ver.

—Quédate tú, Chipoco — dijo el patrón. — Nosotros vamos a echar un sueño.

A la luz de una vela miré mi pequeña herida, insignificante casi, pero es uno de los recuerdos que conservo sobre las cejas, en forma de pequeña cicatriz, de mi único viaje en una lancha del Maule.

* * *

Como contraste del primero, los días siguientes, fueron de calma casi absoluta. El viento apenas hinchaba la vela y la embarcación iba lenta, siempre con rumbo al Norte.

Llevábamos a Antofagasta un cargamento de carbón y leña. Después, apenas lo entregáramos, nos volveríamos al Maule. Yo, para no volver a hacer el viaje quizá hasta cuándo, mis compañeros para volver a tomar el mismo rumbo en cualquiera oportunidad

Por las tardes, bajo el sol, conversábamos sobre las lonas, contábamos historias y nos reíamos. Mis compañeros silbaban o cantaban y yo, que no sé silbar ni cantar, los escuchaba. Detrás de nosotros, a la siga del lanchón, una bandada de grandes peces nos perseguía.

Los peces que siguen a las embarcaciones sirven para hacerle creer a uno que no hay que caerse al mar, porque lo devorarían como a los desperdicios.

El único que no contaba historias era Maruco. Prefería irse a la proa y cantar eternamente la misma canción:

Bice tiene los brazos blancos
como el vientre de los robalos...

En las noches cantaba también, y su voz se quedaba flotando sobre la barca.

Después de todo, nosotros le perdonábamos. Maruco era aún un muchacho romántico. Y, sin embargo, sin tener ninguna razón para ello, el Chipoco, un día le hizo una broma pesada, una broma que acarrearía malas consecuencias.

Días más tarde, el patrón, el Chipoco y yo, lo lamentábamos.

Fué antes de desembarcar. Una tarde le llamamos y los cuatro alrededor del timón, sin saber qué le iba a contar el Chipoco—esperamos que lo hiciera. Fué una broma pesada, no cabe duda.

—Escucha,—le dijo con el tono de voz más serio, como si dijera una gran verdad, una filosofía acertada—. La mujer es como el viento del mar; un día le da por empujar un lanchón, otro día por empujar otro, y a veces por empujar a dos o tres, o a todos los barcos del mundo al mismo tiempo. Es igual. Bice durante un tiempo amó a Gil, el muchacho que se embarcó para Hamburgo, después amó a Manuel, el que ahora es pescador, después a otros, después te amó a ti; tú estás seguro de ello, pero yo también estoy seguro de que no solamente tú recibiste el beso de despedida.

Maruco se echó a reir.

—Anda. No te gastes esas bromas.

—No son bromas, Maruco — dijo aún más serio el Chipoco.— Te lo digo porque te estimo, porque eres un buen muchacho, y no quiero que pierdas el tiempo pensando en ella. Es una muchacha informal. Yo podría asegurarlo, porque también estoy entre sus víctimas. Mira...

Y le mostró un retrato de Bice con algunas palabras al reverso. Nosotros no supimos cómo Chipoco se consiguió el retrato, porque nunca Bice había siquiera reparado en él.

—Anda — volvió a contestar Maruco, y se alejó hacia proa, tratando de sonreir, pero lo hacía nerviosamente.

No volvió a cantar. Yo tuve oportunidad de verlo, sentado sobre unos sacos, con la cabeza entre las manos, repitiendo—primero en voz baja y levantando el tono a medida que hablaba: "La mujer es como el viento del mar. La mujer es como el viento del mar. La mujer es como el viento del mar...".

Estuve cerca de un cuarto de hora escuchándole y su tono se hacía patético, trágico. Corriendo fuí a decirle al Chipoco que desmintiera lo que había dicho.

—Déjalo. Ya se le pasará — me contestó.

Pero en Maruco la idea adquirió caracteres de tragedia. En la noche se paseó por la cubierta, repitiendo a medida que caminaba: "La mujer es como el viento del mar". Y sus pasos se apresuraban cada vez más y cada vez más apresuradamente repetía la frase: "La mujer es como el viento del mar. La mujer es como el viento del mar. La mujer es como el viento del mar...".

El Chipoco comprendió la gravedad del asunto y fué a su encuentro.

—Maruco, perdóname; todo lo que te dije es mentira.

Los ojos de Maruco se iluminaron.

—¿Lo juras?— preguntó con avidez.

—Lo juro.

El muchacho rodeó el cuello del Chipoco con los dos brazos en un gesto de agradecimiento infinito, que nos conmovió sobrecogiéndonos.

Corriendo se fué a proa y se puso a cantar a toda voz:

Yo amo a Bice y sus ojos azules
y su boina a cuadros...

* * *

Al día siguiente desembarcamos.

Después que el lanchón estuvo descargado, entregada a la carga a los compradores y vendido el cascarón, salimos a recorrer la ciudad. Había sol; el calor llenaba las calles como una ola amarilla.

Apenas libre, Maruco se fué al correo. Se fué alegre, pero volvió triste. Al pasar a nuestro lado, se me acercó y me dijo al oído con gesto de dolor:

—Es cierto, la mujer es como el viento del mar.

Y siguió caminando, agachado, repitiendo la frase constantemente y aligerando el paso.

Habría caminado unos cien metros. Volvió. Pasó por nuestro lado; se detuvo un segundo. Me llamó aparte, y me dijo:

—Tú, Alfonso, apréndelo de memoria: La mujer es como el viento del mar.

El patrón lo llamó.

—¡Eh!... Maruco. Mañana por la mañana regresamos al Maule.

—Yo no vuelvo, don Juan — respondió.

—Toma, entonces.

Recibió el dinero y se alejó hablando consigo mismo. En el muelle sacó una carta del bolsillo, la partió y la arrojó al mar; pero el viento arrastró algunos pedacitos de papel que no cayeron al agua. En seguida, se alejó hacia el Norte y se perdió detrás de unas casas. Iba con la cabeza entre los hombros, metido en sus pensamientos.

Nosotros — curiosos — fuimos a recoger los pedacitos de papel y en uno pudimos leer, escrito con letra de mujer:

ya no te amo perdona
uego que me olvid

Después de leerlo lo arrojamos al mar, como los otros.

El patrón y el Chipoco se fueron. Acababan de doblar una esquina, cuando vi venir hacia mí, corriendo, a Maruco.

—No te había dicho adiós, Alfonso, perdóname. Me voy; no sé adónde. Viajaré. Entre una mujer y el viento del mar voy a elegir el último; es menos peligroso. Adiós.

Estrechó fuertemente mi mano y se alejó.

Hace algunos días miré la pequeña cicatriz sobre mi ceja izquierda; recordé su historia y la escribí. Uno, que no sabe cantar ni silbar, tiene que escribir. Es como una necesidad.

A. R. M.

"Carpas de Navidad", por Georges Grosz.

(1) Vela pequeña cerca de la popa y que sirve para ayudar al timón.

del hombre y su sonido

1
Nuestros idiomas en guerra
Son alabanzas del Día.
El día nuevo tiene la forma de un vaso:
Quiere llenarse de nuestra música.
Somos ligeros
Y en nuestro baile se infantiliza la tierra,
Vamos unidos, alta gavilla de humos....

2
Aventamos palabras,
En los caminos de la mujer y del hombre;
Arrecia la mujer igual que un viento.
"Limpias florecen las armas a mediodía — dijimos
Nunca talaron del todo la risa del mundo!"
Y nuestra sangre al sol
Es la rosa más pura. entre rosas

3
Color de hombre, sonido de hombre,
¡Arraiguemos este Poder en el día!
El día nuevo tiene la forma de un vaso;
Quiere llenarse de nuestro color...

4
Pero decimos al fin:
"Color extranjero somos,
¡El pie se ha demorado
Junto a la tierra y su baile!
Manos de segador alzaba el tiempo:
Somos un humo que busca la patria del humo".
Así cantamos al fin, y es alabanza del día,
El día nuevo tiene la forma de un vaso:
Quiere llenarse de nuestra muerte.

leopoldo marechal

madrigal de mujer

La fortuna te dió su escaso privilegio,
Van sus cadenas áureas a tus manos prendidas,
Tu belleza embellece su raro sortilegio...
¡Y tu ambición recela que es poco aún, mi vida!
Los honores doblaron en reverencia grave,
su multitud de frentes a tu valer rendidas,
Besó tus pies la gloria con su gran beso suave
¡Y tu ambición recela que es poco aún, mi vida!
En tus venas elásticas la sangre azul circula,
Ni una gota bastarda halló en ellas cabida
Tu escudo en campo azur, al de un infante emula,
¡Y tu ambición recela que es poco aún, mi vida!
Alabardas ha puesto en tus cuarenta años
la juventud, para salvaguardar erguida
tu frente, donde no hay surcos de desengaños...
¡Y tu ambición recela que es poco aún, mi vida!
¡Oh!, la belleza que clavó el sol en tus ojos,
y la luna en tus dientes esa luz desvaída,
y el día moribundo en tus cabellos rojos,
y la potente encina en tu pecho, mi vida...
Mi corazón estruja tu mano despiadada,
y me es dulzura y miel esta mortal herida
Mujer, como una niña me muero enamorada
¡Y tu ambición recela que es poco aún, mi vida!

maría monvel

En la edición de nuestro último número, estos poemas aparecieron con las firmas cambiadas. Los publicamos ahora en forma correcta, enviando nuestras mayores excusas a los autores.—N. de la R.

h o r a d e t

El Premio Nobel ha venido a difundir el nombre de Thomas Mann, hasta ahora poco conocido entre nosotros. Sin embargo, su popularidad en Europa es grande. El mismo ha escrito un artículo en el cual considera las satisfacciones de su vida, entre las cuales se cuentan los honores y muestras de admiración y de afecto que a diario se le tributan en su país.

Bruno Frank ha dicho en un estudio sobre Mann: "Quienquiera que hoy conozca algo de la literatura alemana en Londres, París o Roma, comienza y termina pensando necesariamente en él". Esto dará una medida de la trascendencia de la vasta obra realizada por quien ha recibido ahora el más alto premio literario mundial.

Thomas Mann nació en Lübeck el 6 de junio de 1875. En la escuela fué un alumno mediano, y siendo niño inició sus ensayos poéticos. A los quince años perdió a su padre, hombre de figuración política y de fortuna. Thomas pasó, entonces, a desempeñar un puesto oficinesco, y allí produjo su novelita "Caída", que le proporcionó el primer éxito. Viajó por Italia. A su regreso a Alemania publicó un tomo de novelas cortas, titulado: "El Pequeño Friedeman". Vino, en seguida, "La Familia Buddenbrook", que le dió a su autor la plena celebridad, e inició la serie de grandes triunfos que después han venido constituyendo cada una de sus obras. Estas son: "Tonio Kroger", "Tristán", "La Muerte en Venecia", "Fiorenza", "La Montaña Encantada", "Alteza Real", etc.

t h o m a

"ALTEZA REAL"

El príncipe Klaus Heinrich contrajo una amistad en el palacio "Fasanerie", fué con el doctor Uberbein, el auxiliar. Raúl Uberbein no era un hombre guapo. Tenía una barba roja, una tez cetrina, ojos de un azul deslavado, escasos cabellos rojos y orejas sumamente feas separadas de la cabeza y puntiagudas. Pero sus manos eran finas y pequeñas. Usaba exclusivamente corbatas blancas, lo que prestaba a su figura algo de suntuosidad, si bien su guardarropa era mezquino. Fuera llevaba siempre un abrigo tirolés, y para montar — el doctor Uberbein montaba y lo hacía perfectamente, — una raída levita, cuyos faldones levantaba y sujetaba a los lados con imperdibles: unos pantalones estrechos y abotonados en las rodillas, y un sombrero alto.

¿En qué consistía el encanto que ejercía sobre Klaus Heinrich? Este encanto era complejo. No hacía mucho que vivían reunidos, cuando empezó a correr el rumor entre los alumnos de que el auxiliar, hacía años, corriendo gran peligro, había sacado de un pantano o laguna a un niño, y que estaba en posesión de la medalla de Salvamento. Esto hizo impresión. Más tarde se supo más de la vida del doctor Uberbein, y Klaus Heinrich se enteró de ello. Se decía que su origen era obscuro, que era un hijo ilegítimo. Su madre había sido una actriz que, a cambio de dinero, le había hecho adoptar por gentes pobres y que en otros tiempos había pasado hambre, lo cual había producido el verdoso color de su rostro. Estas eran cosas terribles e incomprensibles, a las cuales, además, aludía el doctor Uberbein mismo algunas veces, por ejemplo cuando los jóvenes nobles que conocían su origen obscuro se permitían alguna insolencia contra él.

—"Niños mimados — decía entonces con mal humor — conozco lo bastante la vida para poder exigir respeto de vosotros, señoritos".

Cuando los alumnos salían a caballo, iban a la cabeza el doctor Uberbein sobre su ancho caballo pío, y Klaus Heinrich a su derecha, sobre su manso caballo bayo; trotaban sobre la nieve, sobre las hojas caídas, por entre las aguas del deshielo y bajo el calor del estío; a lo largo del bosque, a través de los campos y los pueblos, mientras el doctor Uberbein contaba de su vida. Raúl Uberbein, ¿qué mal sonaba, verdad? Armónico no era realmente. Sí; Uberbein era el nombre de sus padres adoptivos, ancianos pobres, gentecilla de la esfera inferior de los empleados de banca; lo llevaba legalmente y como sentencia. Pero el que se llamase Raúl fué la única condición que su señora madre impuso al entregar la indemnización junto con su fatal personita; seguramente, una condición sentimental piadosa. Es muy posible que su propio y verdadero padre se llamase Raúl, siendo de esperar que su apellido hubiese armonizado bien con el nombre. Había sido un acto bastante irreflexivo el que los Uberbein adoptasen un niño, pues el hambre se había enseñoreado en la casa, y, verosímilmente, sólo acosados por la necesidad habían echado mano a la suma recibida. Tan sólo la más imprescindible instrucción le fué dada al muchacho; pero él se permitió mostrar quién era, se distinguió un poco, y como quería ser maestro, le concedieron de un fondo público medios para hacer los estudios del Seminario Pedagógico. Cuando hubo terminado, no sin sobresalir, pues se lo había propuesto, se le colocó de maestro en una escuela primaria con un sueldo colosal, con el cual hasta había ayudado, de vez en cuando, en señal de agradecimiento, a sus honrados padres adoptivos, hasta que murieron casi simultáneamente. ¡Para ellos, el descanso! Entonces se encontró solo en el mundo, y pobre como una rata, y para congraciarse a la gente, dotado por Dios de una cara verdosa y orejas casi de perro. Amables condiciones, ¿verdad? Pero, tales condiciones fueron las buenas condiciones. Una juventud pobre, un vivir aislado y excluído de la felicidad, de la haraganería que da la felicidad, un depender siempre exclusiva y rigurosamente del propio esfuerzo; no se acumulaba así la grasa, se hacía uno fibroso interiormente; no se conocía reposo alguno; pero se sobrepasaba a éste y aquél. ¡Qué favor para las facultades el depender únicamente de ellas! ¡Qué ventajas sobre aquéllos que no "tenían necesidad"!

Esto contaba el doctor Uberbein, y Klaus Heinrich rebosaba de simpatía al escucharle. Compartía su desprecio hacia aquellos que "no tenían necesidad" y se encendían un puro por la mañana. Lo que el doctor Uberbein decía con su jovial jactancia sobre la vida, sobre su amargo gesto y sobre las profundas observaciones, despertaba en él sentimientos de gozo y de temor, y con personal interés le seguía en su desgraciada y valiente carrera desde la entrega de la indemnización hasta su nombramiento de profesor del Instituto. Y parecióle como si pudiese tomar también parte en una conversación sobre el destino. Sintió como una blandura, que puso en movimiento las experiencias de sus quince años; un impulso hacia la confidencia y al abandono le sobrevino, y trató de contar también, por su parte, algo de sí mismo. Pero lo extraño fué que el doctor Uberbein se lo impidió, se opuso decididamente a ese propósito.

—No, no, Klaus Heinrich; ¡alto, hagamos punto! Nada de inmediatas confidencias, os lo ruego. Como si yo no supiese que tenéis mucho que contar... Eso lo supe desde que que durante medio día os observé. Pero me entendéis muy mal si creéis que quiero atraeros sobre mi pecho para llorar. En primer lugar, el alivio de la confesión no os está permitido... Mirad, yo puedo charlar. ¿Qué soy yo? Un auxiliar. No uno de tantos, a mi modo de pensar; pero tampoco nada más. Un individuo bien definible. Pero, vos, ¿qué sois vos? Eso es más difícil. Digamos un concepto, una especie de ideal. Un receptáculo. Una existencia simbólica, Klaus Heinrich, y, por lo tanto, una existencia formal. Pero la formalidad y la intimidad no sabéis que se excluyen la una a la otra. Son incompatibles. No tenéis derecho ninguno a la intimidad. Y si lo ensayáseis, habríais de ver que no os conviene, lo habríais de encontrar insuficiente e insípido. Debo aconsejaros reserva, Klaus Heinrich...

—Todos somos hombres, ¡Dios misericordioso!, sin duda — decía otras veces el doctor. — Pero, tal vez deba uno, frente a eso, recordar que los que entre nosotros sobresalen son los que, después de todo, dan motivo para hacer resaltar especialmente esa verdad. Mirad — dijo echándose hacia atrás, cruzando las piernas y acariciándose la barba; — mirad, Klaus Heinrich; un hombre con un poco de ansia espiritual no podrá menos de buscar en este plano mundo lo extraordinario y de amarlo donde y como quiera que aparezca; tienen que fastidiarle esas majaderas negaciones del caso excepcional, del elevado y del miserable, y del que de ambos se compone... Hablo por mí. ¡Qué disparate! No soy más que un "maestro de escuela". Pero sabe Dios lo que corre por mis venas; no encuentro ninguna satisfacción en acentuar que todos somos, en el fondo, "maestros de escuela". Yo amo lo extraordinario en todas las formas y en todos los sentimientos, amo a los que llevan en el corazón la grandeza de la excepción, los señalados, los que se destacan, todos aquellos a cuya vista queda la gente boquiabierta, les deseo amor a su destino, y no deseo que se acomoden a la pobre y tibia verdad. ¿Por qué he llegado a ser vuestro maestro, Klaus Heinrich? Yo soy un gitano, un gitano activo, a mi parecer; pero, sin embargo, un gitano de nacimiento. Mi predestinación para el servicio del príncipe no es obvia, precisamente. ¿Por qué cuando a mí llegó el llamamiento, hecho atendiendo a mis méritos, y a pesar de ser yo un desgraciado de nacimiento, lo seguí con tan sincero placer? Porque yo, en la forma de vuestra existencia, veo la más visible, la más expresiva, la más consagrada de las formas de lo excepcional en la tierra. He llegado a ser vuestro maestro, porque desearía mantener vivo en vos el significado de vuestro destino. Apartamiento, etiqueta, obligación, rigidez, actitud, forma. quien entre eso vive, ¿no tendría derecho ninguno a despreciar? Tendría que conformarse con lo humano y lo cómodo.

—Sí, sí — dijo el doctor Urebein, — en un paseo en común por el bosque, a Klaus Heinrich, se había hecho una pequeña distancia entre ellos y los otros cinco alumnos — hoy día debe moderarse el anhelo del espíritu hacia la veneración. ¿Dónde se encuentra lo grande? Pero, dejando aparte lo verdaderamente grande, las misiones, hay siempre lo que yo llamo nobleza, formas de vida selectas, aisladas, melancólicas, a las cuales tiene uno que acercarse con delicado interés. Por lo demás, lo grande es fuerte, no necesita del culto caballeresco del espíritu. Pero la nobleza es conmovedora; es, válgame el diablo, lo más conmovedor que existe en la tierra.

Uno debe, en un sentido o en otro, pertenecer a aquéllos de los cuales la gente dice: "Al fin y al cabo es también un hombre", o se es latoso como un "maestro de escuela". Yo no puedo desear sinceramente el cómodo allanamiento universal de los conflictos y distancias. ¿Qué le vamos a hacer? Soy así, y la figura del "príncipe uomo", francamente, me parece una atrocidad. ¿Espero que a vos tampoco os dice gran cosa, Klaus Heinrich?... Mirad, en todo tiempo se han dado príncipes y hombres extraordinarios que llevaron con ingenua indiferencia su existencia excepcional, inconscientes de su nobleza, o que contradiciéndola groseramente, jugaban a los bolos en mangas de camisa con los ciudadanos, sin sentir un doloroso desgarramiento en su interior. Pero ésos son poco dignos de aprecio después de todo; es despreciable todo lo que falta de espíritu. Pues el espíritu, Klaus Heinrich, es el censor que exige inexorablemente la nobleza, es más propiamente el que la crea verdaderamente; es el enemigo mortal, el noble antagonista de toda humana comodidad. ¿Aún más? ¡No! Representar, existir para muchos y, exhibiéndose, ser la elevada y respetable expresión de una muchedumbre — representar es, desde luego, algo más grande y más alto que el simple existir, Klaus Heinrich, — por eso se os llama alteza...

Así razonaba el doctor Uberbein, sonoramente, cordialmente, elocuentemente, y lo que decía obraba sobre el modo de pensar y de sentir de Klaus Heinrich, tal vez más de lo conveniente. El príncipe tenía entonces quince, dieciséis años, y, por lo tanto, muy capaz de absorber toda suerte de ideas en cuanto a su contenido esencial, si bien no lo era de comprenderlas verdaderamente. Lo más decisivo era que la doctrina y expectoraciones del doctor Uberbein se encontraban altamente apoyadas por su personalidad.

Vivía en la Residencia un acaudalado anciano, un consejero que, desde que se jubiló, había dedicado su vida a las artes, especialmente a la poesía. Era fundador de la institución conocida bajo el nombre de "Torneo de Mayo" — un torneo poético celebrado anualmente en primavera, para el cual estimulaba el consejero, por medio de circulares y de anuncios, a los poetas o poetisas del país. Había premios para el más delicado canto al amor, para la más ferviente poesía religiosa, para el más ardiente canto patriótico, para el mejor canto lírico de alabanza a la música, al bosque, a la primavera, al goce de la vida; estos premios consistían, además de premios en metálico, en significativos y valiosos recuerdos, como plumas de oro, broches en formas de lira, flores y demás cosas por el estilo. También las autoridades de la Residencia habían donado un premio y el gran duque costeaba una copa de plata para recompensar la más sobresaliente de todas las poesías en conjunto. El mismo creador del "Torneo de Mayo" hacía la primera selección de la siempre abundantísima masa, y formaba, con dos profesores de la Universidad y los redactores del folletón del Eilbote y del Volkszeitung, el jurado. Las obras coronadas, las elogiadas y las que habían merecido mención, se publicaban regularmente, a costa del consejero, en el anuario.

Este año había tomado parte en el "Torneo de Mayo" Axel Martini, y había sido vencedor. La poesía que había presentado era un ardoroso canto de alabanza al goce de la vida, o, mejor aún, una volcánica expresión del goce mismo. Un himno frenético a la belleza y al honor de la vida — escrito en el estilo de sus dos libros — que llevó la división al jurado. El consejero y el profesor de Filología hubieran querido despacharle con una mención; encontraban su obra brutal de expresión, cruda de pasión y en algunos puntos hasta escandalosa. Pero el profesor de Historia literaria y los redactores la votaron, no sólo como mejor canto al goce de la vida, sino también como la más preeminente, y al fin se sintieron también los dos contrarios incapaces de poder resistir al aturdimiento de este agitado y efervescente torrente de palabras.

Así, pues, recibió Axel Martini trescientos marcos, un broche en forma de lira y, además, la copa de plata del gran duque, siendo su poesía publicada en el anuario, en la primera página, rodeada de una orla dibujada por la mano artista del profesor Lindemann. Pero, según la costumbre, el vencedor o vencedora del "Torneo de Mayo" debía ser recibido en audiencia por el gran duque, y como Albrecht se encontraba precisamente indispuesto, tuvo también que recibirlo su her mano.

Klaus Heinrich tenía un poco de miedo del señor Martini.

—¡Dios mío, doctor Uberbein! — dijo a su preceptor, — ¿qué voy a hacer yo con él? Es, seguramente, un hombre brutal y desvergonzado.

Pero el doctor Uberbein contestó:

—¡Por Dios, Klaus Heinrich, no os preocupeis! Es un hombre muy fino. Yo le conozco, pues tengo algunas visitas entre sus conocidos. Os entenderéis muy bien con él.

Así, pues, Klaus Heinrich recibió al poeta del goce de la vida; lo recibió en el Eremitage para dar a la entrevista el mayor carácter privado posible.

—En el cuarto amarillo — dijo, — querido Braunbart. Es en estos casos el más presentable.

Había en la habitación tres hermosos sillones que, en realidad, eran los únicos objetos de valor entre el mobiliario del palacete; ricos sillones de caoba estilo imperio, con brazos retorcidos como serpientes bordadas, cubiertos de seda amarilla, con liras azules. Klaus Heinrich no adoptó actitud de audiencia en esta ocasión, sino que esperó algo intranquilo en el cuarto de al lado hasta que Axel Martini, por su parte, hubiese esperado siete u ocho minutos en el cuarto amarillo. Entonces entró él vivamente, casi presurosamente, dirigiéndose al poeta, que se inclinó profundamente.

—Tengo sumo placer en conoc ros — dijo, — querido señor..., s ñor doctor, ¿verdad?

—No, alteza real — respondió Ax Martini con voz asmática; — no s doctor. No tengo título.

—¡Oh! Perdón....; suponía. Sentémonos, querido señor Marti Me alegro, como he dicho, de pod felicitaros por vuestro gran éxito.

El señor Martini movía, mientr tanto, nerviosamente los labios. sentó al borde de uno de los sillo de caoba ante una mesa sin tap alrededor de cuyo tablero corría listón dorado, cruzando sus pies c zados con botas de rajado char Las puntas de su cuello se deshil chaban. Sus ojos eran algo salton demacradas las mejillas y el bi rubio obscuro, recortado como cepillo. Sus cabellos encanecian las sienes, aunque en el anuario "Torneo de Mayo" no constaba ner más de treinta años; ba ojos ardía un fuego que no en ñal de buena salud. Contesto felicitación de Klaus Heinrich

—Alteza real, sois muy amab ha sido una victoria difícil. T ha sido una falta de tacto, p parte, el tomar parte en tal

Esto no lo entendió Klaus H rich, pero dijo:

—He leído vuestra poesía repe veces con sumo placer; m p excelente, tanto en lo que se re a la rima como a la medida del so. Y, además, expresa de un magnífico el goce de la vida.

El señor Martini se inclinó.

—Vuestra habilidad—siguió H Heinrich, — debe proporcion grandes placeres. ¡Hermoso des so!...

¿Cuál es vuestra profesión, s Martini?

El señor Martini dió a ente que no comprendía, describie

obras y autores

POR UNA POLITICA SEXUAL.—

Así intitula Alfred Fabre-Luce un interesante volumen que le ha editado hace poco Bernard Grasset. Libro claro, valiente, guiado por la más absoluta de las franquezas, ha recibido el elogio entusiasta de numerosos médicos.

Vivimos — dice el doctor Vachet, uno de los comentadores de esta obra — en "plena edad media sexual": y hace ver, en seguida que Fabre Luce ha venido sin miedo ninguno a iluminar un problema difícil, encerrado entre los muros casi inviolables de la hipocresía oficial, del falso pudor, de la ignorancia que no quiere abrir los ojos. "Obras como ésta— agrega— tan irrefutables en su documentación precisa, impresionantes por su vigorosa sinceridad, pueden crear en la opinión unánime la corriente salvadora".

SANTA TERESA Y OTROS ENSAYOS.—

Américo Castro firma este volumen editado por la editorial "Historia Nueva", de Madrid, que ya ha publicado buen número de libros de los más leídos autores españoles contemporáneos. Se inicia la obra con un documentado estudio acerca de la Santa de Avila. Los demás ensayos se intitulan: Algo de Edad Media; El Poema de Flamenca; El Príncipe Don Juan; Recordando a Erasmo; El Problema Histórico de la Celestina; Cervantes y Pirandello; El Gran Duque de Osuna; Gracián y España; Actitudes frente al Paisaje.

DOS PREMIOS LITERARIOS.—

Marcel Arland, cuya novela "L'Ordre", acaba de hacerle merecer el Premio Goncourt, es un escritor joven, que ha sabido estar atento a la propia visión, sin dejarse arrastrar demasiado tiempo por los caminos fáciles, donde imperan las acrobacias verbales más o menos sin objeto. Bastante personal y poseedor de un sólido sentido de las cosas, ahora se le abren de pronto las puertas que dan hacia todos los públicos.

Otro escritor francés que también ha sido premiado en estos días, es George Bernanos, conocido entre nosotros por su novela "Bajo el Sol de Satán". A Bernanos se le ha otorgado el premio "Femina", distinción que merece ampliamente su obra "La Joie", en cuyas páginas se confirman las altas condiciones de este narrador siempre interesante.

Paúl Valery: Retrato, por Oberlé.

BOLIVAR, EL GUERRERO APASIONADO.—

Pocos personajes de nuestra historia americana poseen la singular atracción de este glorioso caudillo. Sin embargo, hasta ahora, no ha sugerido ninguna obra de mérito a algún escritor del continente. Pero T. R. Ybarra, un norteamericano, ha visto en El Libertador a un héroe digno de animar impresionantes páginas, y ha escrito un libro con el título que encabeza este párrafo. Según parece, ha sido un éxito completo. La crítica y el público lo han acogido muy favorablemente. Es una lección que no debe olvidarse.

UN ESCRITOR CHILENO EN EL PARAGUAY.—

Hace más de un año, casi inadvertidamente, se fué en busca de nuevos caminos el escritor Sady Zañartu. En compañía de su esposa, la señora Camila Bari, comenzó a difundir en Buenos Aires nuestras canciones populares, las tonadas y las cuecas, donde asoma el alma que nos pertenece. El público recibió con agrado esta labor, y nuestros compatriotas siguieron viaje por la costa del Atlántico, visitaron Montevideo, residieron algún tiempo en ciudades del Brasil, trabajando en todas ellas, hasta lograr que la música y la literatura chilenas, salieran de ese absoluto desconocimiento que las detiene, apenas dejado atrás el último picacho andino.

Ahora sabemos que se encuentran en Asunción, donde la señora Bari ofrecerá algunos recitales de música criolla y Sady Zañartu dará conferencias, antes de regresar al país.

En estas líneas hemos querido recordarles y desearles un éxito mayor todavía que el que constantemente los ha acompañado en el extranjero.

UNA BUENA EDITORIAL.—

No son numerosos los libros que, además de una presentación esmerada, ofrecen la atracción de un precio reducido. Por esto, la colección "El libro moderno ilustrado", que edita en París J. Ferenczi, ha conseguido una difusión que crece cada día. Convenientemente ilustradas por los mejores dibujantes parisienses, estas obras que sólo valen tres francos cincuenta, y que son firmadas por autores de prestigio, como Delteil, Colette, de Croisset, Giradoux, Morand, Rosny, Jaloux, Mauriac, Savignon, Maurois, Panait Istrati, etc., agrupan en torno, crecido número de lectores, y hacen de la buena literatura una fiesta al alcance de todos los bolsillos.

AMOR, CONVENIENCIA Y EUGENESIA.—

Este es el último libro publicado por el doctor Gregorio Marañón. Es, como todos los suyos, de un interés que no puede ser analizado en breves líneas. Está dividido en tres partes: Amor, conveniencia y eugenesia.— El deber de las edades.— Juventud, modernidad, eternidad.

En cada uno de los capítulos en que están construidas las diferentes partes, se advierten importantes aspectos del problema sexual, estudiados con clara inteligencia, sin inútiles vaguedades para proteger un pudor ridículo. Páginas en suma, destinadas a explorar valientemente por las rutas que llevan a la conveniencia de la especie.

JULIEN GREEN.—

En nuestro número anterior publicamos un extraño relato de este escritor, "Leviatán', cuento de cuyo final inesperado se han hecho ya curiosos comentarios. Ahora anunciamos que se halla en nuestras librerías su novela "Adriana Mesurat", que obtuvo en 1928, el premio Bookman, Green es un escritor bastante discutido. Ha publicado, fuera de lo ya mencionado en estas líneas: Mont-Cinere.— El viajero sobre la tierra.— Serie inglesa.— Y con el pseudónimo de Teófilo Delaporte, "Panfleto contra los católicos de Francia", agotado.

JOSE CARLOS MARIATEGUI.—

Hemos leído un anuncio de la venida a Chile de este escritor peruano que goza en su patria de creciente prestigio. Director de la revista "Amauta", es grande su labor realizada en bien de la cultura. Sus libros, vibrantes, reveladores de un vigoroso espíritu, han sido recibidos siempre de una manera propicia. Seguramente, Mariátegui será un buen camarada de nuestros escritores, como lo fué su compatriota Alberto Guillén, el poeta que anduvo por nuestras calles con una constante sonrisa de amistad para cuánto le rodeaba.

INDEX.

Diccionario Histórico y Biográfico de Chile

Por Virgilio Figueroa (Virgilio Talquino)

ESTA EN CIRCULACION EL TERCER TOMO. ABARCA DESDE LOS EDWARDS HASTA LEA PLAZA, O SEA LAS LETRAS E. F. G. H. I. J. K. L.

Es la obra más completa publicada en Chile sobre Biografía, Historia, Bibliografía y Genealogía, desde 1,800 hasta hoy. Contiene miles de vidas y relaciones históricas. El tomo empastado en pergamoide, se expende al precio de 50 pesos cada uno, libre de porte. Se envía contra reembolso a todo el país.

EN PREPARACION EL TOMO CUARTO.

Para datos y suscriciones, dirigirse al autor, don VIRGILIO FIGUEROA, CASILLA 1924 ó LOPEZ 535, SANTIAGO.

novela

Vestido de percal, llovido de violetas azules
y una línea de plata, partiendo el rosal negro de tus trenzas.
Las palomas rosadas de tus manos
juntaban las alas trémulas, cada tarde con las campanas.
En tus ojos dos hogueras de luna.
Y en tu boca una vertiente
olorosa a la yerbabuena de mis campos.
Así te conocí en el valle de El Cedro
que canta como un mar entre los cerros pardos.
En el mástil de la Primavera
tremolaban tus veinte años.

No sé quién era yo entonces con mi vendimia de sueños
y un binomio de torres mágicas en el columpio del día.
Recuerdo para tí los versos de colores
que tu voz trepaba en el cielo, volantín de música.
Yo tenía cuatro horizontes y siete banderas.
y trazaba signos en el crepúsculo con los faros muertos.
Mi tristeza perseguía las alondras del sol
cada mañana y te hablaba de la vida.
Y la abeja de mi deseo libaba en tu pecho de nardo.
Tu reías y yo te amaba
y encendíamos la noche de canciones blancas.

Ciertamente tu novela tenía lágrimas.
Lejanía le angustia que alarga los años,
aprieta de niebla la llama del verso.
Pero la precisión mata las mariposas
y quiebra el aro luminoso del recuerdo.

Hace diez años de olvido.
Ahora sin llorar, sin reír, como si hoy mismo fuera
el día del valle con sus nubes espléndidas,
te he llamado a mis brazos para siempre.
Hay un cerco de traiciones en mis voces
y en mis ojos arden los falsos metales.
He envejecido, un siglo recubre mis canciones
y no puedo colmar tu dicha.
Me niego, pues, la alegría de verte llorar.
Incendia mi ausencia el cinabrio de tus ojos.
Y sin amarte, sin desearte siquiera,
ebrio de una amargura sin lágrimas,
en el jazminero del patio,
donde la noche perfuma su silencio,
te beso como no te besé, como no he besado nunca.

fernando vinvignat

YANK.— Estoy mejor, Smitty.

SMITTY.— Me alegro, Yank. (Se acuesta en una cama superior y en seguida se duerme).

IVAN. (El hombre de expresión estúpida, se vuelve hacia el enfermo).

—¿Te encuentras bien, Yank?

YANK. (Con fastidio).— Sí, Iván.

IVAN.— Me alegro. (Se da vuelta y duerme).

YANK. (Luego de una pausa, interrumpida únicamente por ronquidos, exclama en una risa amarga).— ¡Adiós y buena suerte a todos!

DRISCOLL.— ¿Te duele otra vez?

YANK.— Mucho, aquí. (Señala la parte inferior del pecho, a la izquierda). Creo que la bomba ha reventado. ¡Ooooh! (Un espasmo de dolor contrae sus facciones. Aprieta con la mano el costado y se retuerce sobre el delgado colchón de la cama. Gotas de transpiración perlan su frente!

DRISCOLL. (Aterrorizado). — ¡Yank! ¡Yank! ¿Qué te sucede? (Poniéndose de pie). Voy a llamar al capitán. (Corre hacia la puerta).

YANK. (Sentándose en la cama, enloquecido de terror).— ¡No me dejes Drisc! ¡Por el amor de Dios, no me dejes solo! (Se agacha sobre el borde de la cama y escupe. Driscoll vuelve hacia él). ¡Sangre! ¡Aj!

DRISCOLL.— ¡Sangre de nuevo!! Es mejor que llame al capitán.

YANK.— ¡No, no me dejes! Si te vas me levanto y te sigo. No soy un cobarde sabes, pero me da miedo quedarme aquí con éstos que duermen y roncan. (Driscoll indeciso, se sienta al lado de él, sobre la cama. Yank un poco más tranquilo vuelve a recostarse). El capitán no podrá hacer nada por mí, lo sabes muy bien. Ahora no tengo tantos dolores, pero hace un rato creí que me mataban. Era como si me cortaran con un serrucho.

DRISCOLL. (Con arrebato). — ¡Qué Dios te ayude Yank. (Entran el capitán y el suboficial. El capitán es un viejo con bigote y patillas grises. El suboficial es un hombre afeitado, de edad mediana. Ambos visten sencillos uniformes azules).

EL CAPITAN. (Sacando el reloj y tomándole el pulso a Yank). —¿Y cómo está el enfermo?

YANK. (Débilmente). — Bien, mi capitán.

EL CAPITAN.—¿ Y el dolor en el pecho?

YANK.— Todavía lo siento, mi capitán, y más que nunca.

EL CAPITAN. (Saca del bolsillo un termómetro y lo pone en la boca de Yank).— Quédese quieto, y ponga el termómetro debajo de la lengua, no sobre ella.

EL SUBOFICIAL. (Luego de una pausa). —¿No es este su turno de guardia, Driscoll?

DRISCOLL.— Sí, mi teniente, pero Yank tenía miedo de quedarse solo, y...

EL CAPITAN. — Está bien, Driscoll.

DRISCOLL.— Gracias, mi capitán.

EL CAPITAN. (Mira el reloj un momento, luego quita el termómetro de la boca de Yank, lo mira a la luz de la lámpara. Su expresión se torna muy grave. Llama al suboficial y a Driscoll hacia un rincón, cerca de la puerta. Yank los mira furtivamente. El capitán habla en voz baja al oficial).— Mucha fiebre. (A Driscoll): ¿Escupió sangre otra vez?

DRISCOLL.— No mucha, desde hace una hora; pero antes...

EL CAPITAN.— ¿Mucha?

DRISCOLL.— Sí, mi capitán.

EL CAPITAN.— ¿No ha comido nada?

DRISCOLL.— No, mi capitán.

EL CAPITAN.— ¿Y tomó la medicina que le mandé?

DRISCOLL.— Sí, mi capitán; pero la vomitó.

EL CAPITAN. (Meneando la cabeza).— Temo que esté muy débil. No puedo hacer nada más por él. El caso es demasiado grave para mí. Siquiera hubiera sucedido esto una semana más tarde, hubiéramos llegado a Cardiff a tiempo para...

DRISCOLL.— Por favor, haga algo por él, mi capitán!

EL CAPITAN. (Con impaciencia).— Pero amigo, yo no soy médico. (Viendo el dolor de Driscoll, le dice más amable): ¿Usted y él han sido compañeros durante mucho tiempo, no?

DRISCOLL.— Desde hace más de cinco años, mi capitán.

EL CAPITAN.— Bueno; no lo deje moverse. Que se quede tranquilo, y esperemos que mejore. Volveré a leer lo que se hace en estos casos, y le mandaré alguna medicina, algo que por lo menos le calme el dolor. (Va hacia Yank) ¡Valor, amigo! Mañana estará mejor. (Turbado por la mirada firme de Yank). Lo sacaremos de este mal paso... y... Jem... bien. ¿Vamos Robinson? ¡Qué calamidad! Sale aprisa, seguido del suboficial).

DRISCOLL. (Tratando de disimular su ansiedad).— ¿No te dije que no estabas ni la mitad de mal de lo que tú creías? El capitán te tendrá sobre cubierta antes de una semana, jurando y maldiciendo como un carretero.

YANK.— No mientas Drisc. Oí lo que decían, y aunque no lo hubiese oído, lo podría decir por lo que siento. Sé lo que va a suceder. Me voy a... (Vacila un segundo. Luego con decisión) Me voy a morir, eso es todo, y cuanto más pronto, mejor.

DRISCOLL. (Violentamente).— No, no, aunque quieras. No te voy a dejar morir.

YANK.—Es inútil Drisc. No tengo remedio, pero tampoco tengo miedo. Dame un trago de agua, Drisc. La garganta me quema. (Driscoll trae el jarrito lleno de agua. Le sostiene la cabeza a Yank, que bebe a grandes sorbos).

DRISCOLL. (Buscando en vano una palabra de aliento). — ¿Te sientes mejor ahora?

YANK. — Sí... ahora... cuando sé que todo ha terminado. (Una pausa). No lo tomes tan a pecho, Drisc. Justamente estaba pensando que morirse... no es tan malo como la gente cree. Nunca hice mucho caso a lo que predican los pilotos del cielo. Nunca tuve religión, pero creo que, sea como sea, lo que viene luego nunca puede ser peor que lo que hay aquí. Siento dejarte Drisc y... eso es todo.

DRISCOLL. (Casi en un sollozo). — Muchacho, muchacho, no hables así.

YANK.—Y no es como para llorar al dejarla, esta vida de marinos... Un vapor después de otro: trabajo duro, poca ganancia y comida puerca: y cuando llegamos a puerto una borrachera que termina en pelea, la plata perdida, y luego embarcarse de nuevo. Sin encontrar jamás gente agradable; sin ver nunca en las ciudades más que los barrios del puerto; viajando por todo el mundo y no viendo nada de él; sin tener a nadie que se preocupe de si uno está vivo o muerto. (Con una sonrisa amarga). ¿Vale la pena llorar por todo eso, Drisc?

DRISCOLL. (Amargo). — Es un infierno esta vida de mar.

YANK. (Pensativo). — ¡Ha de ser tan lindo quedarse toda la vida en tierra firme, tener un terreno con casa propia, y vacas, y cerdos y pollos, allá en medio de la tierra donde ni el olor del mar se sienta, ni se vea un barco! Ha de ser tan lindo tener una mujer y chicos para jugar con ellos después de la cena, terminado el trabajo del día. Ha de ser lindo, Drisc, tener una casa propia.

DRISCOLL. (Con un gran suspiro). — Ha de ser, seguramente, pero para qué hablar de esas cosas que no son para nosotros.

YANK. — Está bueno navegar cuando uno es joven y nada le importa, pero ahora ya no somos pollitos, y no sé por qué este último año me ha parecido inaguantable. Se me había ocurrido el dejar esta carrera y... contigo, es claro, habiendo juntado unas monedas, irnos al Canadá o a la Argentina o a cualquier otra parte y comprarnos tierra, nada más que lo suficiente para vivir de ella. Nunca te conté esto para que no te rieras de mí.

DRISCOLL. (Entusiasmado). — ¿Reirme? ¡Cuando desde hace tiempo yo también vengo pensando en lo mismo! Es una gran idea, que llevaremos a cabo, si te dejas de... de... de creer que estás tan enfermo.

YANK. (Tristemente). — Demasiado tarde. Si no hubiéramos hecho este viaje... ¿Cómo entra la niebla hasta acá adentro?

DRISCOLL.—¿La niebla?

YANK.—Todo parece brumoso. Serán mis ojos que se están debilitando. ¿De qué hablábamos hace un momento? ¡Ah, sí! De la tierra que compraríamos. Ya es demasiado tarde. (Su mente divaga). ¿En la Argentina, decía yo? ¿Te acuerdas de los buenos ratos que pasamos en Buenos Aires? ¿El cinematógrafo de Barracas? De primera, te acuerdas.

DRISCOLL. (Con satisfacción). —Cómo no voy a acordarme, y también se ha de acordar el pianista, a quien en el batuque, le puse un ojo en compota.

YANK.—¿Y te acuerdas del día en que nos quedamos sin un centavo y tuvimos que ir al albergue de Tommy Moore para que nos embarcara? ¿Y que luego de vendernos unas botas agujereadas y unos encerados viejos, nos embarcó en un velero, rumbo al Cabo de Hornos, cobrándonos por eso dos meses de sueldo adelantado? ¿Y los días que pasábamos sentados en los bancos del Paseo Colón, cuando los vigilantes nos miraban con cara de enojo? ¿Y los cantos en la Opera de los marineros, donde aquel tipo tocaba **ragtime, te acuerdas?**

DRISCOLL. — Me acuerdo.

YANK. — ¿Y de La Plata? ¡Uf! ¡El olor de los cueros. Siempre me gustó la Argentina... todo menos ese aguardiente venenoso: la caña. ¡Y cómo nos emborrachábamos con ella!

DRISCOLL. — ¡Si me acordaré! Me duele la cabeza solamente al oir el nombre de esa bebida del diablo.

YANK. — ¿Recuerdas la noche en que el calor de Singapore me volvió loco? ¿Y el día que te agarró la policía en Port-Said? ¿Y cuando en Sidney nos metieron presos por pelearnos ?

DRISCOLL. — Sí, recuerdo todo.

YANK. — ¿Y la pelea en los muelles del Cabo?... (Su voz denota una gran perturbación interior).

DRISCOLL. (Impaciente). — No pienses en eso. Pasado y terminado.

YANK. — ¿No crees que me lo hará pagar?

DRISCOLL.—¿Quién?

YANK. — Dios, dicen que lo ve todo. Pero debe saber que lo hice en lucha leal, en defensa propia, ¿no?

DRISCOLL. — Es claro. El quiso matarte a traición; hiciste bien en darle la puñalada. Deja tu conciencia en paz. Ojalá no tuviera yo nada peor que eso sobre mi alma. Ni al ángel Gabriel le tendría miedo.

YANK. (Con un estremecimiento). — Hace un miunto lo estaba viendo, con la sangre que le salía a chorros del cuello. ¡Ah!

DRISCOLL. — No hagas caso. Es la fiebre la que te hace ver esas cosas.

YANK. (Dudando). — Así que no crees que me las hará pagar... Dios, quiero decir.

DRISCOLL.—Si en el cielo hay justicia, no. (Su segurdiad tranquiliza a Yank).

YANK. (Después de un momento). — Por lo menos antes de una semana, no llegaremos a Cardiff. Seré sepultado en el mar.

DRISCOLL. (Tapándose los oídos).—¡Chist! ¡No te voy a escuchar!

YANK. (Como si no hubiera oído).—Es un lugar tan bueno como cualquier otro, supongo... pero yo siempre tuve el deseo de ser enterrado en tierra firme. ¿Pero qué diablos me va a importar... entonces? (Con apuro). Lástima que sea en una noche como ésta, con el maldito viento que sopla y la gente que ronca alrededor de uno. Me gustaría que se vieran las estrellas y la luna; podría estar acostado sobre cubierta y mirarlas, eso no sé por qué haría la cosa más fácil.

DRISCOLL. — ¡Por el amor de Dios, no hables así!

YANK.—El sueldo que me toque lo repartes con los otros muchachos; tú toma mi reloj. No vale mucho, pero es todo lo que tengo.

DRISCOLL. — ¿Pero no tienes ningún pariente o alguien a quien puedas considerar como tal?

YANK. — Que yo sepa, no tengo ninguno. Pero, me olvido de algo. ¿Conoces a Fanny, la muchacha del bar "La Cigüeña Roja", en Cardiff?

DRISCOLL.—¡Cómo no! ¿Quién no la conoce?

YANK. — ¡Fué buena conmigo! La última vez, cuando me vió sin un cobre, quiso prestarme media corona. Cómprale la caja de dulces más grande que encuentres en Cardiff. (Abatido, con voz ahogada). Es duro hacer este viaje... ¡solo! (Driscoll le toma la mano. Hay una pausa, durante la cual ambos luchan por contener la emoción). Siento la garganta como un horno. (Aspira ansioso). Driscoll, ¿quieres darme un trago de agua? (Driscoll le alcanza el jarrito de agua). Ojalá esto fuera cerveza. ¡Ooooh! (Se ahoga, el rostro se convulsiona por la agonía, sus manos desgarran la camiseta. El jarrito cae de sus manos sin fuerza).

DRISCOLL. — ¿Por el amor de Dios, qué sucede Yank?

YANK. (Hablando con gran dificultad). — ¡Adiós, Drisc! (Con los ojos fuera de las órbitas mira fijo hacia adelante). ¿Quién es ésa?

DRISCOLL. — ¿Dónde? ¿Quién?

YANK. (Débilmente).—Una mujer bonita, vestida de negro. (Sus facciones se contraen y su cuerpo se contorsiona en el espasmo final, luego se estira rígidamente).

DRISCOLL. (Pálido de horror). —¡Yank! ¡Yank! (Se aparta de la cama, persignándose. Vuelve, pone una mano temblorosa sobre el pecho de Yank, y se inclina sobre el cadáver).

COCKY. (Desde la entrada). — ¡Eh, Driscoll! ¿No puedes dejar un minuto a Yank y venir a darme una manita?

DRISCOLL. (En un gran sollozo). — ¡Yank! (Cae de rodillas junto a la cama y apoya la cabeza en las manos. Mueve los labios en una semi-recordada oración).

COCKY.(Entra, le brillan gotas de agua en el encerado y la gorra). — La bruma se ha disipado. (Cocky ve a Driscoll y se queda mirándolo con la boca abierta. Driscoll hace de nuevo la señal de la cruz).

COCKY. (Burlón). — ¡Rezando! (Advierte el cuerpo yacente en la cama y una expresión de comprensión y dolor cubre su rostro. Se quita la gorra empapada y se queda de pie, rascándose la cabeza).

COCKY. (Murmurando imperceptiblemente). — ¡Dios mío! ¡Dios mío!

(TELON).

t o r r e

1910. Trad. especial para "Letras"

Castellamare

Yo comía una naranja a la sombra de un naranjo,
Cuando de improviso...
no era la erución del Vesubio,
no era la nube de langostas, una de las diez plagas de Egipto
ni Pompeya.
No eran los gritos resucitados de los mastodontes gigantes
No era la Trompeta anunciada
Ni la rana de Pierre Brisset
Cuando de súbito
Fuegos
Choques
Rebotamientos
Chispa de los horizontes simultáneos
Mi sexo.
¡Oh, Torre Eiffel!
No te he calzado de oro
No te he hecho danzar sobre las losas de cristal
No te he dedicado a Python como una virgen de Cartago
No te he revestido con el peplum de Grecia
No te he hecho divagar en el recinto de los menhires
No te he llamado nunca Caña de David, ni Leño de la Cruz
Lignun Crucis.
¡Oh, Torre Eiffel!
Fuego artificial gigante de la Exposición Universal.
Sobre el Ganges
en Benarés
entre los trompos onanistas de los templos hindúes
y los gritos coloreados de las multitudes de Oriente
tú te inclinas, graciosa Palmera!
Eres tú la que en la época legendaria del pueblo hebreo
confundiste la lengua de los hombres
¡Oh, Babel!
Y algunos miles de años más tarde eres tú la que descendiste en (lenguas de fuego sobre los Apóstoles reunidos en tu iglesia.
En pleno mar tú eres un mástil
y en el Polo Norte
resplandeces con toda la magnificencia de la aurora boreal de la te- (legrafía sin hilos.
Las lianas se enredan a los eucaliptus
y tú flotas viejo tronco sobre el Missispp',
cuando tu hocico se abre
y un caimán coge el muslo de un negro
En Europa tu eres como una horca
(Yo quisiera ser la torre, pender de la Torre Eiffel!)
Y cuando el sol se acuesta detrás de tí
la cabeza de Bonnot rueda bajo la guillotina
En el corazón del Africa eres tú la que corres,
Girafa,
Avestruz,
Boa,
Ecuador,
Monzones.
En Australia, tú siempre has sido tabú.
Eres el bichero que el capitán Cook empleaba para dirigir su barco (de aventureros
¡Oh, sonda celeste!
Para el simultáneo Delaunay a quien dedico este poema
eres el pincel que él empapa en la luz
Gong tam-tam- zanzíbar bestia de la jungla rayos X expreso bisturí,
sinfonía.
Tú eres todo,
Torre,
Dios antiguo,
Bestia moderna,
Espectro solar,
Tema de mi poema,
Torre,
Torre del mundo.
Torre en movimiento.

b l a i s e c e n d r a r s

novela social y novela irreal

por raúl silva castro

Joaquín Edwards Bello, apóstol y propagandista de una nueva religión. — La quinta edición de "El Roto". — Naturalismo y expresionismo: siglo XIX y siglo XX. — Salvador Reyes, o la revalorización del folletín. — El folletín y el buen estilo literario.

—

Las preferencias de cada escritor dentro de su propia obra casi nunca están de acuerdo con las del crítico. El autor prefiere a menudo la obra en la cual puso mayor intención. El crítico aquella que fué mejor lograda. Es una diferencia de puntos de vista nada pequeña. De allí nacen las eternas "incomprensiones" que los escritores achacan a los críticos. De allí enconos terribles que el lector presiente y a veces adivina, pero que no siempre se explica.

En el caso que tenemos a la vista hay algo, si no mucho, de esto. Joaquín Edwards Bello acaba de lanzar a la luz pública una nueva edición, la quinta, de "El Roto". Nos encontramos, pues, ante el libro de mayor éxito editorial de nuestro escritor. ¿Quién no recuerda la formidable explosión de cóleras que levantó, hace ya cerca de diez años, la aparición de este libro? Sobre Edwards Bello cayó entonces un surtido más abundante que selecto de epítetos descomedidos. Pero estos epítetos—conviene advertirlo desde luego—no tenían alcance literario. "El Roto" ocurre en barrios bajos, entre prostíbulos y tabernas; sirva esta explicación para justificar, en parte por lo menos, algunas de las palabras de condenación que levantó este libro. Se ofendió el pudor porque se había levantado el velo sobre una lacra social. La moral pública pareció quebrantarse. Sin embargo, todo no había pasado de llamar las cosas por su nombre y de pedir clemencia para ciertas gentes, siempre golpeadas, y castigo para otras, siempre aplaudidas. Obra de justicia y de equilibrio social.

Ahora bien, este libro que ha dado tanto que hablar, vuelve a editarse. Esto demuestra que la demanda pública que existe por él es grande o, por lo menos, constante. Líbrenme los dioses de afirmar que es este un libro poco interesante. Es interesante en grado sumo. Pero no es el mejor que ha publicado su autor. Lo que más admiro yo en Joaquín Edwards Bello es la aptitud de cronista que delata su pluma hasta cuando escribe novelas. La observación aguda, el encanto de la anécdota reveladora, la generalización pintoresca a veces, y a veces antojadiza, el juego de ingenio, la arbitrariedad y la sensación: he aquí los resortes de la crónica en Joaquín Edwards. Sus artículos de prensa (el lector puede recorrer los que ha recopilado en los volúmenes "El nacionalismo Continental", "Crónicas" y Tres meses en Río de Janeiro") son simplemente encantadores. Hay en ellos una frescura de tintas primorosa y hay un cúmulo de sugestiones que muestran en el autor al hombre progresista, amante del perfeccionamiento social, que convierte la columnas de la prensa en que escribe en una cátedra de bienestar y de avance. Todo está bien, y muy bien, en la crónica. Pero en la novela ¿que papel tiene?

No debe tener papel ninguno; en la novela simplemente no debe aparecer. Las novelas de Joaquín Edwards Bello tienen el defecto—que a menudo no es defecto sino exceso—de estar siempre un poco a medio camino entre la novela cabal y la perfecta crónica. Hay capítulos de sus novelas que podrían ser catalogados, sin mucho esfuerzo, entre las crónicas del autor. Por este mismo motivo tal vez la acción se resiente en estas novelas. En "El Roto", por ejemplo, las cosas van sucediendo bien, y el novelista parece entretenerse en narrarlas en forma morosa, hasta que de pronto llega el fin. Es un fin intempestivo y brusco. Produce un efecto inesperado y hasta poco grato. Otro tanto cabe decir de "El Chileno en Madrid".

Mientras el autor puede divertirse contando cosas interesantes todo anda bien. Las crónicas se suceden unas a otras bajo el nombre de capítulos. Las observaciones sociales, morales y vitales se anudan entre sí y forman un tejido animado y sugestivo. Pero el escritor no dedica el mismo interés a contar los hechos de los hombres que a darnos a conocer sus ideas personales. Claro está que las ideas personales de un escritor, sobre todo cuando este escritor es Joaquín Edwards Bello, tienen un atractivo formidable, indiscutible. Pero en la novela lo que debe ocupar todos los planos de la narración, es el devenir de los sucesos, no la opinión del autor sobre esos sucesos o sobre cualesquiera otros que le pasen por la imaginación.

"El Roto", apenas escapa a estas observaciones que—preciso es decirlo—no pretenden aminorar ninguno de sus méritos, sino simplemente clasificar un libro, bastante difícil de clasificar por lo demás. "El Roto" es una novela en que el punto de mira del autor ha sido colocado en lo útil, es decir, en el provecho que el lector puede reportar del conocimiento y de la frecuentación del libro. Es, en suma, una novela que tiende a algo que no es la novela misma.

Hay también en "El Roto" un elemento un poco anticuado que no siempre es grato volver a topar en una producción literaria. Me refiero al naturalismo de las descripciones, a la complacencia con que el autor cuenta y detalla los baches de las calles, las manchas de la ropa, los maltratos de la vida. De este libro se levanta un vaho caliente de suburbio. La impresión está dada bien, pero es sin duda, excesiva. El procedimiento que hoy priva en este género de descripciones lleva al escritor a tratar esas cosas con tal destreza que ni lo feo parece feo, ni lo sucio, sucio. Es algo difícil de explicar, pero que se concibe perfectamente si se lee, por ejemplo, "Sin novedad en el frente" o "La partida de bandoleros". Y cito libros de dos escritores alemanes, Erich M. Remarque y Leonardo Frank, porque es en Alemania donde ha adquirido mayor desarrollo esta forma literaria, que unos llaman expresionismo y que otros nombran "nueva objetividad". (Sachlichkeit).

Las novelas y las crónicas de Joaquín Edwards Bello señalan, sobre todo, una espléndida inclinación a la crítica social. El autor siente claramente el ridículo y hasta se complace en desmenuzarlo. Experimenta, también , el anhelo de reformar a los hombres, de morigerar sus costumbres, de ampliar su cultura y las consecuencias de ella: la tolerancia, el perdón mutuo y el amor a las bellas cosas. Nos encontramos ante lo que con expresión británica podría denominarse "criticism of life". Es decir, ante el apóstol de una religión sin mitos, de una religión de paz y de comprensión humana.

—

En "Los Tripulantes de la Noche", de Salvador Reyes, tropezamos de súbito con los antipodas de esa literatura. Nada menos utilitario que esta escritura, en parte artista, en parte irreal, que ama los mundos fantásticos y que mezcla en una cock-tail de capitoso sabor la vida auténtica, de todos los días, la vida que todos conocemos, con las aventuras más fantásticas que es posible imaginar. El autor, además, no es un apóstol, ni mucho menos; no predica, no busca convencer ni probar. No le interesan los hechos sociales ni persigue en las vidas individuales las relaciones cósmicas que hacen de cada hombre una encrucijada de destinos. El hombre solo en el mundo, enredado en una acción bastante viva como para cautivar al lector más desaprensivo, he aquí lo que atrae a Salvador Reyes.

¿Folletín? Posiblemente ni él mismo término le sea ingrato al autor de estos relatos pintorescos, livianos, graciosos (aunque en ellos asome muchas veces su cola de ratón la tragedia), que se llaman "El Matador de Tiburones", "El Café del Puerto" y su hermano menor "Los Tripulantes de la noche". En efecto, Salvador Reyes ha firmado en uno de los últimos números de "Letras" un artículo titulado "Intención del folletín", en que inicia la defensa de ese género tradicionalmente expulsado de la república literaria. La tesis de este trabajo es la siguiente: "El folletín no es ese manjar artificial, ese inútil juguete de que hablan los que creen haber encontrado la pragmática de la novela ideal: es un género literario, tan noble como cualquier otro, y que corresponde a un estado de espíritu tan digno de tomarse en cuenta como los demás. Tiene su caudal de arte y si sus obras sobreviven a su tiempo como ocurre en muchos casos, es porque él encierra el secreto animador de toda verdadera obra literaria. Que Pérez Escrich haya hecho folletín no puede ser un estigma para el género. También el Caballero Audaz ha hecho novela psicológica y todos estamos tan tranquilos".

La defensa es demasiado vehemente para ser por entero impersonal. Entre este artículo y el relato que nos ocupa hay—además—una proximidad temporal siempre sospechosa. No cabe duda: con "Los Tripulantes de la noche", Salvador Reyes intenta una revalorización literaria del folletín, del mismo modo que Pío Baroja con "El Nocturno del Hermano Beltrán", el último libro suyo que se ha publicado hasta hoy, hace una labor similar. Pero conviene advertir desde luego que hay una diferencia no pequeña. El folletinista es un hombre que atiende de tal manera a la intriga que todo lo olvida en el camino: lo primero el estilo y en seguida la propiedad de términos y hasta la gramática. Desatiende, pues, el fundamento mismo de la obra literaria que por algo es literaria, es decir compuesta de palabras inteligibles que se unen en organismos obedientes a la lógica y a la gramática: las frases y los períodos. Ahora bien, Salvador Reyes es un buen escritor en el sentido de que maneja bien su lengua, fuera de que lo es también en otros sentidos. Es cierto que en sus novelas y cuentos hay algunos galicismos; pero esas malas hierbas no crecen allí con más fuerza que en las obras de la mayoría de los escritores chilenos. Una aptitud tan desarrollada para el buen estilo literario, que a mi entender culmina en "El Café del Puerto", no siempre se compagina bien con el anhelo del folletinista. Los secretos de la virtuosidad literaria escapan al lector corriente que forman las muchedumbres. Como el folletinistas escribe para éstas y no para el público culto, de ahí que desprecie sin apelación todo lo que huele a arte refinado y exquisito. Un folletinista con buen estilo es una cosa extraña, híbrida, tal vez monstruosa. Es en el reino de la literatura lo que en la naturaleza nos parecería un espino donde florecieran elegantes y primorosas orquídeas.

Lo que más interesa en "Los Tripulantes de la Noche" es la forma admirable en que está contada la anécdota. Todo corre y fluye sin obstáculo en esta novelita que se lee de golpe, porque apasionan los resortes de su intriga y queremos conocer inmediatamente lo que va a venir, pero que un impulso secreto del espíritu nos insinúa que paladeemos poco a poco, porque algo debe ocultarse trás de sus líneas. La verdad es que no se oculta nada sino una gran nostalgia, una especie de sed espiritual que aparece a menudo en la obra de Salvador Reyes y que es, a mi entender, uno de los elementos más novedosos que es posible encontrar en su estilo. Por este elemento, nuestro escritor se acerca a los contemporáneos de Francia, Inglaterra y otros países, que, como él, aman los mares, los puertos, las gentes aventureras, la intriga y la poesía del viaje y de la fuga. ¿No se le ha llamado al Pirre Mac Orlan, chileno?

Pues bien, todo esto va muy lejos del folletín, y conviene que lo digamos desde luego. No se engañe el autor. Si ha creído hacer con "Los Tripulantes de la Noche" un folletín, es preciso hacerle notar que entre su designio y el resultado hay distancia considerable. Una distancia con la cual el arte ha salido ganando por cierto. En lugar de un folletín tenemos una bella novela breve, armoniosamente concebida y ejecutada con primor. Y esta armonía y este primor ¿son cosas de que haya echado mano alguna vez uno solo de cuantos folletinistas en el mundo han sido?

joaquín edwards bello

salvador reyes

Savoy Hotel

ANEXO

Ahumada 165
Casilla 2791

Hotel de Lujo
Distinción y Elegancia

60 piezas instaladas con todo confort

Baños, Teléfonos y Calefacción Central en todas las piezas.

Regia Orquesta a los Aperitivos y Té.

GRILL ROOM
Servicio a la Carta.

BIBLIOGRAFIA

NOVEDADES ULTIMAS

EL CABALLERO DE LA VIRGEN.—Novela póstuma de Vicente Blasco Ibáñez.—Obra perteneciente a la serie "Los grandes hombres de la historia". 1.a parte: "En busca del Gran Kan (Cristóbal Colón); 2.a parte: "El Caballero de la Virgen" (Alonso de Ojeda). Cada una... $ 8.00

LAS MEMORIAS DE MAMA BLANCA.—Novela de Teresa de la Parra. Obra llena de ternura y amor maternal. Una madre a quien Dios hizo cumplir los deseos de tener una hija a los 60 años. (El más grande éxito literario de esta autora venezolana)... $ 12.50

IFIGENIA.—Diario de una señorita que escribió porque se fastidiaba. —Por Teresa de la Parra.—Novela exquisita, que tanto ha apasionado a la opinión del público hispano-americano. (Primer premio del Concurso de Autores Americanos de 1924)... $ 15.00

CHILENOS DEL MAR.—Cuentos de Mariano Latorre.—La mejor producción literaria de este autor chileno que, como ninguno, ha sabido interpretar el criollismo nacional, dándole a sus personajes vida y simpatía... $ 6.00

Libreria SALVAT
Barcelona-Santiago

Casilla 2326 : Teléfono 84734
Agustinas 1043
SANTIAGO

El mejor surtido de libros en la mejor Librería

LA NOVELA NUEVA

PUBLICACION QUINCENAL DE OBRAS NACIONALES

Cada volumen con portada en colores e ilustraciones en el texto.

PRECIO DEL EJEMPLAR $ 1.—

Han aparecido:

"CAP POLONIO", por Joaquín Edwards Bello.
"EL DUEÑO DE LOS ASTROS", por Ernesto Silva Román (El Canciller Negro).
"MAS DE UNA MUJER", por Jacobo Nazaré.
"LOS TRIPULANTES DE LA NOCHE", por Salvador Reyes.
"VIENTO SUR", por, Daniel de la Vega.
"MARIA ROSA, FLOR DEL QUILLEN, por Marta Brunet.

Apareció el 21 de Enero

Mujer del Laja

por LAUTARO YANKAS

PIDA "LA NOVELA NUEVA" EN TODAS LAS LIBRERIAS Y PUESTOS DE PERIODICOS.

PRECIO DEL EJEMPLAR $ 1.—